





mágico y secreto po-
un resplandor ra-

está en ca
ancolía; pero
se salva, cuan
El jóven P

EL SEPULCRO.

Se halla venal en las librerías siguientes:

Madrid............. Razola.
Barcelona.......... Saurí y Comp.
Valencia........... Fauli.
Pamplona......... Longás.
Bilbao.............. Garcia.
Coruña............. Calvete.
Oviedo.............. Longoria.
Santiago........... Rey Romero.
Valladolid......... Rodriguez.
Burgos.............. Villanueva.
Salamanca......... Reyes.
Badajoz............ Carrillo.
Sevilla.............. Caro Hernandez.
Cadiz................ Hortal y Comp.
Granada........... Vallejo.
Malaga............. Aguilar.
Murcia.............. Benedito.
Toledo.............. Hernandez.
Barbastro.......... Lafita.
Palmade Mallorca Guasp.
Mahon.............. Serra.
Reus................. Angelon.
Gerona............. Figarò.
Figueras........... Ripoll.
Tortosa............. Ferreres.
Tarragona......... Puigrubí.

EL SEPULCRO.



P. Esplugas dib. J. Amills gr.

Este será en adelante vuestro a=limento, y cada dia lo hallaréis en el torno que está en frente de vos.

EL SEPULCRO

Ó EL

SUBTERRÁNEO.

HISTORIA

DE LA DUQUESA DE C***

ESCRITA POR ELLA MISMA EN IDIOMA ITALIANO, TRADUCIDO EN FRANCÉS Y DE ESTE AL CASTELLANO.

Adornada de una lámina fina.

BARCELONA.

Imprenta de Saurí y Compañía.

1829.

EL SEPULCRO

Ó EL

SUBTERRANEO.

HISTORIA

DE LA DUQUESA DE C***

ESCRITA POR ELLA MISMA EN IDIOMA ITALIANO: TRADUCIDO EN FRANCÉS Y DE ESTE AL CASTELLANO.

Adornada de una lámina fina.



BARCELONA.

Imprenta de Saurí y Compañía.
1829.

EL EDITOR.

Presento al público, no una novela ni un cuento inverosimil, sino una historia verdadera que al paso de no ser dilatada, no deja de llamar la atencion, y de ser buscado con afan aun su mismo original, que habiendo pasado de mano en mano ha merecido los mayores aplausos. Pocas obritas se presentan por el estilo de esta, triste y funebre, conmoviendo el corazon en estremo la historia de la desgraciada Duquesa de C***, *á la que he dado el título que me pa-*

rece mas adecuado, esto es: El Sepulcro: ó el Subterraneo. *En efecto, ¿que título podrá darse con mas propiedad á un manuscrito que tiene por objeto hacer ver lo que padeció una muger de alto nacimiento, encerrada por muchos años en un subterraneo y tenida por muerta aun por sus mas cercanos parientes y amigos, y por consecuencia olvidada de todo ser viviente? Estas razones unidas á lo funebre de su lectura, me han inducido á publicarla bajo este titulo. En cuanto á la traduccion, me parece recomendable, tanto por su propiedad á nuestra lengua, como por ser el primer ensayo de un amigo*

mio que posee bien ambos idiomas, á quien debo esta preciosa y triste historia: á este ha de estar agradecido el público: yo no tengo mas que el honor haberla publicado á instancias de varios conocedores del mérito de esta obrita á quienes la dedica su apasionado amigo.

M. Sauri.

LA BARONESA DE ALMANE

A LA

VIZCONDESA DE LIMOURS.

Alvenga Miercoles á la noche.

En fin, ya la poseo aquesta historia tan deseada, tan interesante, tan estraordinaria. Este manuscrito precioso hecho de la mano misma de la Duquesa de C***, se me ha confiado por veinte y cuatro horas, con permiso para traducirlo y sacar copia. Lo he leido, y seguramente no me apartaré sin un sentimiento inesplicable de la heroina de semejante relacion. Cuan desgraciada fué esta muger tan virtuosa como ama-

ble! ¡Oh! que destino tan fatal el suyo!

Pero volvamos al asunto; y mientras que M. D'Almane y Dainville están encerrados en su cuarto para traducir al francés esta terrible historia, voy à daros cuenta del dia que nos ha proporcionado un tan apreciable regalo.

A las once de esta mañana hemos llegado à la casa de la Duquesa, que nos ha propuesto inmediatamente un paseo antes de comer, conduciéndonos á un pequeño mirador, desde el cual se descubre un punto de vista tan agradable, que mis hijos y Dainville han tenido ganas de dibujarlo; y deseando la Duquesa ver algunos dibujos de Adela, he mandado por su cartera. Admiróse de que una niña de doce años

y medio dibujase al natural tan perfectamente y añadiéndole yo que tambien sabia cantar y tocar el arpa, fué preciso ir por ella al momento. Como Adela deseaba mucho obligarla, supo conseguirlo de modo que la Duquesa ha parecido encantada de sus habilidades. Despues de haber comido me ha propuesto un nuevo paseo, esto es, el salir fuera de la casa, porque ella no puede caminar mucho tiempo ni apresuradamente. Sentàmonos las dos solas en un banco de cespedes, y la conversacion recayó otra vez sobre Adela. — Pareceme muy sensible, me dijo. — No hay duda, le contesté, lo es en estremo. — «Ah! Señora, replicó la Duque«sa, poned todo vuestro cuidado «en garantir su corazon de las

«funestas impresiones del amor:
«haced que jamàs conozca esta
«pasion fatal que puede producir
«tantas desdichas, y hacer come-
«ter tantos crimenes." Pronunciò
estas palabras con un tono que
me hizo estremecer; reparòlo ella,
y tomàndome afectuosamente la
mano, me dijo: — «No sé si ha-
«beis oido hablar de mi historia.
«— Ah!, repliqué vivamente, cual
«seria mi dicha si la oyese de
«vuestra misma boca! — De mi
«misma boca! esclamó: ah seño-
«ra! es tan terrible, que me se-
«ria imposible tener valor para
«contarosla; sin embargo, lo tuve
«para escribirla, porque he que-
«rido dejar à mis nietas, todavia
«muy niñas, una relacion que
«podrà serles util algun dia; una
«leccion que les probarà dos ver-

«dades muy importantes: la pri-
«mera, que las pasiones pueden
«precipitarnos en el mas profun-
«do abismo de las desdichas hu-
«manas, y la segunda, que no
«hay males tan grandes que la
«Religion no pueda hacernos so-
«portar. — Oh cielos! interrumpi
«yo, este precioso manuscrito ec-
«siste, y Adela jamás podrà leér-
«lo! — No, Señora, replicò la Du-
«quesa, no puedo rehusarlo à una
«madre cual sois vos: permane-
«ced aqui otros dos dias y os lo
«confiaré." Estas últimas palabras causaron en mi un reconocimiento y un jubilo tan vivos, que no pude espresarlo de otro modo, que abrazando à la Duquesa con un transporte capàz de darle à conocer todo el valor que yo daba à semejante gracia. — «No es, me

«dijo, una señal de confianza la «que os doy, sino una prueba «de amistad: nadie en estos pai-«ses ignora mi historia, y en «Roma os referiràn sus particula-«ridades; pero unicamente yo pue-«do comunicaros todos mis sen-«timientos y reflexiones; y sin «duda este pormenor no serà pa-«ra vos lo menos interesante."

Despues de esta conversacion volvimos à entrar en su casa, y conduciéndome desde luego à su gabinete, abrió un pequeño armario, y sacando dos gruesos cuadernos de letra muy fina, me dijo. «Tomad: llevaos este manus-«crito, y si os parece digno de «ello, hacedle copiar y ofreced-«lo de mi parte à la hermosa Ade-«la: estoy segura de que no lo «leerá sin derramar algunas làgri-

«mas. ¡Pueda su lectura ofrecer
«à su juventud una leccion ùtil,
«y fortificar aun mas, si es po-
«sible, todos los principios que
«ha aprendido de vos!

EL SEPULCRO

Ó EL

SUBTERRANEO

HISTORIA

DE LA DUQUESA DE C***

¡Como tendré valor para acordarme menudamente de unos males, cuya sola memoria durante mucho tiempo ha escitado en mi tan terribles revoluciones! ¡Como serà posible que yo misma escriba esta historia deplorable! ¡Oh hijas mias! vosotras la leéreis algun dia, y ella podrà daros úti-

les y admirables lecciones: esta sola idea sostendrá mi valor.

Y tu, á quien un lazo tan funesto, como sagrado, hizo el arbitro de mi suerte; tu, cuyas cenizas voy à turbar à pesar mio, pintando tus furores y tus crímenes, perdona.... tus delitos y mis desgracias son ya demasiado públicas; si se ignorasen en el mundo, sabria respetar tu memoria, é imponer à mi lengua un eterno silencio.... Si este escrito renueva su recuerdo, no disimularé à lo menos las imprudencias y las faltas que me sumerjieron en este abismo de males, haciéndome sufrir castigos tan terribles.

Nací en Roma: ùnica heredera de una inmensa fortuna, y de una de las mas ilustres familias de Italia, recibí una brillan-

te educacion. Criada por la mejor de las madres, querida de un Padre tierno y de una familia cuya única esperanza era; parecia que la fortuna y là naturaleza lo habian hecho todo para mi.

Llegué à la edad de quince años sin haber conocido la tristeza, sin haber estado jamàs enferma, y sin haber derramado otras làgrimas que las que produce la ternura y el placer. Mi imaginacion divagaba con gusto àcia lo pasado, gozando con transporte de lo presente, y no vizlumbrando en lo futuro mas que una suerte tan dichosa como brillante.

Tenia por compañera de mi niñez á una jóven, hija de una amiga de mi madre, con la cual contraje una estrecha amistad: era

virtuosa y sensible, pero sin esperiencia, é incapaz de aconsejarme ni de guiarme, y no obstante puse en ella una confianza ilimitada. Es verdad que yo amaba y respetaba á mi madre, pero no la miraba como amiga mia, porque ella me habia dejado escoger otra, y aun se habia adelantado á formar por si misma una union tan peligrosa: imprudencia que me costò cara, y que fué la causa principal de todas mis desgracias.

Casòse mi amiga con el Marques de Venuzzi à quien amaba hacia un año, y ella me habia confiado este secreto que no hizo mas que ecsaltar mi imaginacion y seducirme. Dos dias despues de su matrimonio partiò para el campo con el Marques á una hermosa

quinta que tenia á treinta millas de Roma, y mi madre que era de la partida me llevó tambien consigo; y como mi amiga que tenia tres años mas que yo (no obstante que no pasaba de los diez y nueve) parecia igualmente sensata y razonable, mi madre me dió una entera libertad de verla à todas horas.

Una noche despues de cenar, me propuso que fuesemos á pasear por el parque las dos solas, y habiendo entrado en un pequeño laberinto, al volver una de sus calles, vimos á alguna distancia un jóven sentado en un banco, que al vernos se levantó inmediatamente sorprendido casi tanto como nosotras: estabamos tan cerca de él y la Luna daba á su rostro con tal clari-

dad, que quedamos igualmente encantadas de su figura y del ayre noble que manifestaba en toda su persona. Despues de un corto silencio le preguntó mi amiga quien era, á lo que contestó él con tanto respeto como cortesia; no obstante que reusó el manifestarnos su nombre y se alejó luego de nosotras. Admiradas de semejante aventura, volvimos á la casa para comunicarla al esposo de mi amiga; sonrióse el Marques despues de haber oido nuestra relacion, dandonos á entender que este jòven no le era desconocido, y como yo le manifestase un vivo deseo de saber mas en la materia, me respondió: «todo lo que yo puedo deciros sobre este particular, es que «este jóven es libre, y de un na-

«cimiento distinguido; que de mu-
«cho tiempo á esta parte deseaba
«ardientemente el veros, y que,
«si él me lo permite, mañana sa-
«breis su nombre." Al siguiente dia renové mis preguntas, pero no conseguí mas que respuestas vagas; por la noche, despues de haberse acostado mi madre, bajé al cuarto de mi amiga y nos encerramos en su gabinete: hablabamos las dos de la aventura de la vispera cuando abriéndose de repente la puerta, vimos entrar al Marques de Venuzzi con una linterna en la mano, conduciendo de la otra al jóven mismo que tanto deseaba conocer. La sorpresa me detuvo inmovil en mi asiento, y acercàndose el Marques, me dijo: «os presento à mi prisionero,
«Señorita, y creo, continuó rién-

«dose, que me será imposible al «presente el darle la libertad, ha«biendo tenido la imprudencia de «querer veros por segunda vez." Estas palabras me pusieron colorada, embarazándome en gran manera. A pesar de mis pocos años no dejaba de conocer, aunque confusamente, las consecuencias de semejante lance; y aun tuve la tentacion de salirme inmediatamente, ir à encontrar à mi madre y declararselo todo; pero una indiscreta curiosidad me detuvo haciéndome olvidar mis debéres.

El Marques volviéndo à tomar un semblante mas serio, nos declaró que iba á confiarnos un secreto importante, añadiendo: «conozco vuestra discrecion, y es«toy seguro de que ambas jus-

«tificareis la confianza que sabeis «inspirar." Despues de este preambulo del Marques, tomando la palabra el jòven desconocido, nos declaró que se llamaba el conde de Belmire, que su padre el Marques de Belmire era hermano del Duque de C***, uno de los mas grandes Señores de Napoles; que este último, que es el primogenito, habiéndose enemistado con su hermano, tuvo medios para perderle en la corte, y le persiguió con tanta crueldad que le obligò á dejar su patria y establecerse en Francia, de donde se viò tambien obligado á salir al cabo de cuatro años por un desgraciado suceso; que el Marques de Venuzzi su íntimo amigo que à la sazon estaba en Francia y debia partir para la Italia cuan-

to antes, le determinó à venir secretamente à las cercanias de Roma, ofreciéndole un asilo en su casa de campo, en la que estaba oculto de tres meses à esta parte; que habiendo oido hablar de mi, no pudo resistir el deseo de verme, y que despues de haberlo conseguido la noche anterior à la luz de la Luna, habia conjurado à su amigo à que le proporcionase esta entrevista que era para él de un precio inestimable; y en fin, que al siguiente dia partia con su padre para Venecia.

Despues de oida esta relacion me levanté, y à pesar de las instancias del Marques me retirè inmediatamente. Subí à mi cuarto poseida de una melancolia profunda, y sin osar hacer ninguna

reflecsion sobre lo que acababa de pasarme. Temia preguntar à mi corazon y ecsaminar mi conducta, no pudiendo concebir como habia sido capaz de escuchar sin noticia de mi madre, en el silencio de la noche, à un jóven, à un desconocido que se habia atrevido á hablarme de su pasion: todo esto me manifestaba la desconfianza con que habia de recibir los consejos del Marques de Venuzzi, y ni aun podia lisonjearme de que su esposa estuviese en disposicion de guiarme. Horrorizòme el peligro de mi situacion; un presentimiento espantoso parecia anunciarme que iba á perder para siempre mi reputacion, mi reposo y la tranquilidad de que hasta entonces habia gozado. Sin embargo, mi ami-

ga recobró luego sobre mi espìritu el ascendiente acostumbrado; hablàbame sin cesar del Conde de Belmire, y sus peligrosas conversaciones acabaron de estraviar mi razon, sin poder à pesar de esto disipar mi tristeza.

Permanecímos en el campo tres meses, volviéndonos despues á Roma, en cuya ciudad hubo muchas fiestas àcia el fin del invierno. Con esta ocasion el Marques de Venuzzi dió un bayle de màscara en su casa al que concurrì con mi madre. Acia las dos de la madrugada me propuso mi amiga que fuesemos à mudar de trajes en un cuarto, para lo que salimos del salon, y al atravesar una pequeña galeria algo obscura, observé que nos seguia una màscara; pero cual fué mi sorpre-

sa, cuando acercándose esta y arrojándose á mis pies reconocí en ella al mismo Conde de Belmire!

A pesar de mi embarazo y de la interior satisfaccion que me causaba el volver à verle, mi primer movimiento fué el de escaparme; pero él me detuvo asiéndome del vestido y suplicàndome le concediese un momento de conversacion: conjuró á la Marquesa para que me empeñase en acceder à ello, y uniéndose esta à sus instancias tuve por fin la debilidad de consentirlo. Díjome entonces el Conde que los negocios de su padre se habian terminado felizmente, habiendo seis semanas que estaba en Napoles, en cuyo tiempo se habia sinceramente reconciliado con su hermano el Duque de C***. «Mi pa-

«dre, continuó, parte dentro de «un mes para Francia, à donde «le llaman algunos intereses de fa«milia, pero está absolutamente «decidido á volver à su patria; y «yo, antes de seguirle à este úl«timo viage, he querido saber «cual era mi suerte, habiéndome «escapado de Napoles unicamen«te para cerciorarme de si los «votos que me he atrevido à for«mar no os son del todo desagra«dables..... Hablad, señorita, voy «á daros ahora mismo mi último «à Dios; despreciado por vos, es«to es hecho, yo renuncio à la «Italia y jamàs se me volverà à «ver en ella: hablad, os suplico; «vuestra respuesta me fijarà en «mi patria, ò me desterrarà de «ella para siempre." Al pronunciar el Conde estas últimas pa-

labras no me fué posible contener mis làgrimas, y esta respuesta fué compreendida muy pronto: no ecsigió otra mas clara el Conde: repitióme una y mil veces el juramento de un eterno amor: seguro de verse correspondido y de volver à Roma dentro poco tiempo; igual à mi nacimiento, aunque su fortuna no fuese tan considerable como la mia; todo parecia justificar mis esperanzas, y no obstante mi corazon à pesar mio no podia participar de su contento.

Dos meses despues de este lance que me arrebató para siempre toda mi tranquilidad, vino à Roma el Duque de C*** y lo conocí en una tertulia en casa del Embajador de Francia. Cuando me dijeron su nombre, esperimenté en

mi interior una especie de sobresalto muy estraordinario, efecto quizà de lo que me habia dicho de él el Marques de Venuzzi, quien hablàndome de sus procedéres con su hermano el Marques de Belmire, me habia pintado al Duque como à un hombre de un caràcter igualmente vengativo y disimulado.

Era entonces de edad de treinta y seis años y perfectamente hermoso; pero se advertia en sus ojos un no sé que de sombrio y funesto que chocaba à primera vista mucho mas de lo que agradaba la nobleza y regularidad de su figura. Sus miradas eran penetrantes y feroces, y cuando queria dulcificarlas se hacian equivocas y falsas; sus modales eran generalmente altivos, y aunque

no le faltaba en cierto modo la cortesia, su tono era siempre tan decisivo como imperioso. Ensoberbecido con lo ilustre de su sangre, con los empleos, fortuna y crédito de que gozaba en la corte, y con sus buenos sucesos en el trato con las mugeres, juzgaba que nada debia oponerse à su voluntad, ni resistir jamàs á sus deseos. Colerico, violento y corrompido por el orgullo y una prosperidad no interrumpida, no sabia vencer sus pasiones, ni hacerse superior à los resentimientos: implacable por debilidad y por ostentacion, hacia consintir toda su gloria en no perdonar jamàs, en aborrecer con furor, y en sacrificarlo todo al horroroso placer de vengarse.

Tal era el Duque de C***

àcia el cual sentì en mi corazon una invencible antipatia desde el primer ínstante que le vi; y por desgracia produje yo en él suyo una impresion muy diferente. Hizose presentar en casa de mi madre, y al cabo de quince dias que nos visitaba, me declaró mi padre que le habia pedido mi mano, y que debia determinarme à darsela dentro de un mes. «He «dado mi palabra, añadiò, sin «pedir vuestro consentimiento; «porque no he tenido la menor «duda de que aceptariais con «gusto el partido mas ventajoso «de la Italia, à un hombre que os «adora y cuyo personal es tan «amable." Recibì esta declaracion (que me pareciò el decreto de mi muerte) sin poder proferir una sola palabra: amabame mu-

cho mi padre, pero era absoluto; y por otra parte qué podia decir? ¿Tenia ni aun el recurso de dirigirme à mi madre? ¿Y con que cara habia de declararle mis faltas? ¿como me atreveria à decirla que habia dispuesto de mi corazon sin su consentimiento?

Entonces fué cuando vi clararamente la fatal imprudencia de mi conducta, y conocí que la mayor desgracia que puede tener una jóven es el no haber siempre mirado à su madre como su única confidente y verdadera amiga. No pudiendo pues quejarme ni hablar, encerré en el fondo de mi alma mis sentimientos y mis pesares, evitando la compañia de mi amiga cuyos peligrosos consejos temia; é imaginandome que solo la obediencia podia

espiar mis faltas, sometíme con resignacion à mi suerte, y sacrifiqué mi felicidad al respeto que debia á la voluntad de mis padres. Caséme pues con el Duque de C***, y partì con él poco despues para Napoles.

Al llegar à esta ciudad y entrando por primera vez en el palacio en que debia pasar mi vida separada de mi familia y amigos, sentí un movimiento de desesperacion cuya amargura me es imposible pintar: el Duque que lo atribuyò á mi aficion á la casa de mis padres, se esforzó en distraerme por medio de protestas reiteradas de un amor à que no me era posible corresponder. Luego que fuí presentada à la corte, conocí que el Duque era escesivamente zeloso, lo que me

afligiò poco, porque yo hubiera preferido la soledad à las distracciones del gran mundo; pero su vanidad me detenia en la corte á pesar de mi gusto y de sus zelos.

Siete meses habrian pasado despues de mi casamiento, cuando supe que el Marques de Belmire habia muerto en Francia, y que habia nombrado en su testamento al Duque de C*** por tutor de su hijo, que no tenia entonces mas que diez y ocho años: el cual al volver à Italia habia caido enfermo en Turin. Quince dias despues de esta noticia entró el Duque en mi cuarto, diciéndome que acababa de recibir noticias de su sobrino, cuya salud estaba restablecída. «Pero no quiere venir á Napo-

«les, añadió el Duque, y os es-
«cribe paraque me empeñeis á
«concederle el permiso de viajar
«por dos años; ahí teneis su car-
«ta." Al decir esto me la alargó, abríla temblando, y leí en voz alta, aunque cortada, lo siguiente.

«Señora: aunque no tenga el
«honor de seros conocido, me pa-
«rece soy bastante desgraciado pa-
«ra poder esperar que mereceré
«de vos alguna compasion. He
«perdido al mas tierno, al mejor
«de los padres... el dolor y la
«desesperacion me han conducido
«á la orilla del sepulcro... socorros
«inhumanos y amigos crueles me
«han vuelto à la vida. ¡Pero que
«vida me han vuelto!... he perdido
«todo lo que me la podia hacer ama-
«ble... Perdonad, señora, si os
«hablo tanto de un dolor que

«os es desconocido... mi corazon «está tan poseido de él! ah! os «dignareis à lo menos escusarme «y compadecerme?... La última «voluntad de mi padre me pone «en una entera dependencia de «mi tio, pero no puedo determi-«narme à obedecer la òrden que «me dà de volver à Napoles.... mi «padre ha nacido aquí, ha vivido «aquí veinte años... todo se reu-«niria para despedazar mi me-«moria... No, yo no iré... estoy se-«guro, señora, que aprobaréis esta «delícadeza, y que os empeñaréis «con mi tio para la revocacion «de una òrden cuya ejecucion es «superior à mis fuerzas. Alcanzad-«me, señora, el permiso de via-«jar... de huir... de alejarme de «Napoles... en fin, la libertad de «llevar lejos de la Italia un dolor

«y unos pesares que conservaré «hasta mi último suspiro. Soy con «todo respeto etc. = El Conde de Belmire."

No me es posible el dar una idea de la turbacion y espanto que me causó la lectura de esta carta, conociendo cuan facil era penetrar el doble sentido que encerraba en todas sus cláusulas; mayormente cuando el Duque era el hombre mas desconfiado y sospechoso. Sin embargo como ignoraba que su sobrino hubiese estado en Roma, y estaba al mismo tiempo convencido de que yo jamàs le habia visto, no tuvo la mas ligera sospecha de la causa de mi confusion. Por lo que á mi toca, no siendo capaz de encerrar en el fondo de mi corazon, los sentimientos que le des-

pedazaban, escribí al siguiente dia á mi amiga la Marquesa de Venuzzi, una carta en la que tuve la debilidad é imprudencia de quejarme de mi destino y llorar sobre una funesta pasion, de la que no podia triunfar. La Marquesa en su respuesta me hizo varias preguntas relativas á la conducta del Duque, à las que contesté con franqueza, no ocultàndole que descubria cada dia mas en él defectos y vicios, y sobre todo un cierto caràcter feroz que justificaba demasiado mi antipatia. De este modo y con nuevas imprudencias acababa de ahondar el abismo entreabierto bajo de mis pies.

Acia este tiempo tuve la satisfaccion de volver à ver á mis padres que vinieron á Napoles

para asistir à mi parto y habiendo dado felizmente à luz una niña, pedí y obtuve el permiso de criarla à mis pechos; cuya dulce ocupacion suspendió mis penas todo el tiempo que duró, haciéndome casi insensible à los malos tratamientos del Duque, quien de mucho tiempo à esta parte habia cesado de reprimir su natural, dejàndome conocer perfectamente toda su violencia y la ferocidad de su caràcter.

El otro dia despues que desteté à mi hija, entró el Duque en mi cuarto, diciéndome, era preciso particsemos inmediatamente para una hacienda que poseia à doce leguas de Napoles. Tenia entonces cerca de mí à mi hija, toméla en mis brazos y sin proferir una palabra me levanté y

seguì al Duque que me hizo subir en un coche. Durante el camino tuve à la niña sentada en mis rodillas acariciàndola: el Duque guardaba un absoluto silencio y parecia abismado en profundas reflecsiones.

Al llegar à su castillo me hizo pasar un puente levadizo cuyo ruido de cadenas me sobresaltò, haciéndome al mismo tiempo mirar al Duque que me dijo: «¿Qué «teneis? ¿Parece os sorprende la «vista de este antiguo castillo? «Como! ¿Creeis tal vez entrar en «una prision?" Pronunció estas palabras con una sonrisa tan amarga como forzada, y advertí en sus ojos una cruel alegria que no pudo menos de horrorizarme. Queriendo ocultar mi turbacion, incliné la cabeza sobre mi hija sin

poder detener mis làgrimas ; la inocente criatura al sentirlas caer sobre su rostro se puso à llorar, sus gritos penetraron hasta el foudo de mi alma , y apretàndola en mi seno con toda la ternura maternal se redoblaron mis sollozos y suspiros.

En este estado bajé del coche y arrancàndome el Duque por decirlo asì à mi hija de los brazos, la entregó à uno de sus criados: tomàndome despues de la mano, me condujo ó mas bien me arrastró àcia la casa. Hízome subir una escalera à cuyo alto encontramos una larga galeria, que, como la noche empezaba ya à acercarse, era escesivamente vasta y sombria. Caminaba el Duque en estremo apresurado, cuando deteniéndose de repente, me di-

jo: «Vos temblais: ¿à qué viene «ese temor? ¿No os acompaña un «esposo à quien amais, y que de«be tambien estimaros?...—Cielos! «esclamé yo, que significa ese ay«re distraido, ese sonido de voz «terrible!...—Venid, venid, repli«có, vamos à terminar esta es«plicacion." Al decir esto, llevàndome casi en sus brazos, porque yo no podia seguirle ni aun caminar, me sacó fuera de la galeria y me condujo à un cuarto grande, en donde me dejé caer sobre una silla dando libre curso à mi llanto.

Entonces saliò el Duque, volviendo luego à entrar con luz que colocó sobre una mesa en frente de mi, y cerca la cual se sentó. Yo no tenia valor para mirarle: respirando apénas y po-

seida del terror, los ojos bajos y temblando, esperaba que rompiese el silencio. Todas mis faltas se acumularon en mi memoria en aquel momento, temiendo no se hubiese llegado à penetrar el fatal secreto que traspasaba mi corazon: este corazon poseido de un amor criminal palpitaba de horror, y temblaba à la presencia de un juez irritado y vengativo... Ah! ¡Qué valor no me hubiera infundido entonces la inocencia! Pero yo me sentia culpable, y este conocimiento me le quitaba para sostener las ideas terribles causadas sobre todo por mis remordimientos.

Tomando finalmente la palabra el Duque, me hablò de este modo. «Bastante he gozado de «la secreta turbacion de vuestra

«conciencia: tiempo es ya de lle-
«var á cabo la confusion que os
«cubre:... leed estas cartas que
«yo mismo he copiado." Alargó-
me entonces un paquete de papeles, y viendo que titubeaba en tomarlo, sacò de él un pliego y se puso à leer en voz alta.

A las primeras palabras conocí ser una carta que habia escrito à la Marquesa de Venuzzi, en la que le hablaba sin disfràz del sentimiento que ocupaba mi alma, y de mi invencible aversion àcia el Duque.—«Ah! esclamé! soy perdida!... — Perfida, in-
«terrumpió, yo no he podido hacer
«vuestra felicidad! Os habia ele-
«jido, preferido... os adoraba... y
«vos me aborreceis... os teneis por
«desgraciada... yo os inspiro una
«invencible aversion... Ah! yo jus-

«tificaré vuestro odio... vos ten-
«dréis en adelante el derecho de
«aborrecerme... Engañado y des-
«honrado por vos, creeis que pue-
«da sufrir impunemente tales insul-
«tos?...—Deteneos, le repliqué; po-
«deis acusarme y castigarme, pe-
«ro no me calumnieis: soy cul-
«pable, no hay duda; mas sino
»me ha sido dable el triunfar de
«una desgraciada pasion, à lo me-
«nos està intacto vuestro honor
«y el mio, y no tengo que re-
«prenderme mas que de las impru-
«dentes espresiones que la amis-
«tad ha sabido arrancar de mi
«boca."—Perjura, dijo entonces fu-
rioso volviendo á tomar otra car-
ta, escuchad vuestra condenacion;
y leyó la clàusula siguiente:—
«Este objeto que nada puede ar-
«rancar de mi corazon, ay! es

«tan digno de compasion como «yo misma: él ignora hasta que «punto es amado; no sabe él cuan-«to me reprehendo à mi misma una «declaracion que hoy dia me ha-«ce tan culpable como infeliz." Demasiado me acordaba yo de este pasage de una de mis cartas, pero tampoco me habia olvidado de que no solo en ninguna de ellas no habia nombrado al Conde de Belmire, pero ni aun hablado de él sino en términos tan vagos, que era imposible saber por estas cartas la época en que habia empezado la pasion de que me confesaba poseida; y como el Duque era eccesivamente zeloso, no dudó ya desde el principio de mi matrimonio, que el objeto de ella era uno de los dos Caballeros de la corte de Napo-

les, que con sus demostraciones me habian manifestado una atencion mas particular. Esta suposicion me hacia á sus ojos verdaderamente criminal, porque segun la carta que acababa de citarme, parecia indudable que yo habia declarado mis sentimientos despues de mi enlace; era pues necesario á mi justificacion, declararle que al tiempo de darle mi mano mi corazon ya no era mio; pero no ignoraba yo el ecceso à que llegaba su desprecio ácia las mugeres y cuanto era capaz de formar sobre ellas las sospechas mas odiosas. Ademas de este conocimiento, el interés mismo de mi hija me cerraba la boca: yo no salí de Roma hasta seis semanas despues de mi matrimonio; sabiendo él pues que yo amaba

antes de conocerle , era demasiado posible que concibiese las dudas mas injuriosas sobre el nacimiento de aquella.

Por otra parte, mi declaracion podia conducirle hasta penetrar enteramente la verdad ; y su imaginacion ecsaltada podia recordarle mil circunstancias capaces de ilustrarle. La carta que habia recibido de su sobrino , mi turbacion al leérla, mi rostro encendido todas las veces que me habia pronunciado su nombre ; podia en fin descubrir las secretas conecsiones del Marques de Venuzzi con el padre del conde de Belmire; todo esto podia quitarle la preocupacion que le hacia dirigir todas sus sospechas á Napoles, y era al mismo tiempo arriesgar un secreto que me era

imposible descubrir sin esponer á lo que amaba à todos los furores de un resentimiento tanto mas temible, cuanto que el Conde dependia absolutamente de él, pues no tenia mas que diez y nueve años y el Duque era su tio y su tutor.

Todas estas reflecsiones acumuladas á la vez à mi imaginacion, me pusieron en un mortal embarazo, pues no podia justificarme, ni me atrevia à responderle. El Duque tomó mi silencio por una confesion tacita que confirmaba su deshonor y mi verguenza; y entonces fué cuando su acaloramiento no tuvo lìmites: levantóse, y acercàndose à mi con un rostro inflamado de furor, y unos ojos centellantes, me dijo.—«Pues qué? Nada podeis

«alegar en vuestra defensa? — ¡Ay! «le respondí, ¿estais por ventu«ra en estado de oirme?... Soy «inocente, y pongo al cielo por «testigo... — Vos inocente? inter«rumpió, y os atreveis à soste«nerlo? ... ¿No habeis escrito vos «misma que vuestro amante no sa«be el ecceso con que es ama«do?... — Y no obstante, repliqué «derramando un torrente de lá«grimas, soy inocente, si, lo soy... «—Oh monstruo de impostura, es«clamó el Duque, tiembla, la «venganza va à caer sobre tí."

A estas palabras pronunciadas con un tono amenazador y terrible, me pareció oir el decreto irrevocable de mi perdicion: púseme de rodillas y levantando al cielo mis brazos esclamé. «Dios mio! «único amparo mio! protejedme.

«Levantaos, me dijo entonces con «voz algo mas tranquila; sentaos «y escuchadme." Obedecí miràndole con ayre tímido y suplicante: estuvo algunos momentos sin hablar, y arrojando despues un profundo suspiro, me dijo: «vos podeis compreender hasta que estremo estoy ofendido; «vos que me acusabais de feroz «y vengativo, vos, ingrata, à quien «hasta ahora no he dado mas que «pruebas de mi amor, estais en «estado de temer los efectos de «un resentimiento tan justo... No «obstante. . . aun me es posible «perdonaros. . . pero unicamente «vuestra sinceridad podrà desar«mar mi còlera. Pensadlo bien; el «menor disimulo os perderia sin «recurso... puedo contentarme con «una víctima, pero me es pre-

«cisa... Nombradme sin titubear «al vil seductor que os ha hecho «violar vuestros juramentos y las «obligaciones mas sagradas...—No, «le interrumpí, no; yo no he falta«do à mis juramentos ni à mis «debéres....—Quiero saber el «nombre de vuestro amante, re«plicó levantando la voz, os man«do que me lo digais."

Este momento me hizo presentir todo el horror de mi destino, pero en medio de mi peligro sentí reanimarse mis fuerzas y prefiriendo la muerte misma à la bajeza que me proponia, le contesté: «si os es precisa una víc«tima, sacrificad la que teneis en «vuestro poder, descargad sobre «mi todo el peso de vuestra ven«ganza, porque este nombre que «me pedís, no lo sabreis jamas."

Pasmado el Duque y confundido de mi atrevimiento y firmeza, estuvo algun tiempo inmovil, no encontrando espresiones capaces de pintar su indignacion y su furor; pero por fin esclamó impetuosamente: «desdichada! «yo no lo sabré jamàs!... ¡Ah! «lo veo: no teneis idea alguna de los eccesos á que puedo «entregarme; todavia no me co«noceis...— Estoy preparada pa«ra todo, le dije, y soy dema«siado infeliz para temer la muer«te.—La muerte! contestó, la muer»te!.. deja de alucinarte... no... «no es la muerte lo que destino «para tí... Hace ya un año que «tengo encerrados en el fondo de «mi alma mi odio y mi furor; «un año hace que estoy meditan«do el castigo de tu infidelidad,

«y crees que la venganza de un «momento pueda satisfacerme?... «No, no morirás... tu sepulcro «està abierto, no hay duda, pe«ro viva tendràs que bajar à él, «y no encontraràs allí tampoco «la muerte que deseas."

A este horroroso discurso sentí helarse toda mi sangre, cerràronse mis ojos y perdí enteramente el uso de mis sentidos.

Al volver en mi, me hallé en brazos de mis doncellas: pregunté luego por la única que habia traido de Roma y á la que miraba con mayor confianza; pero se me contestó que habia quedado en Napoles, lo que me dió à entender era con órden del Duque, que sin duda temeria un testigo importuno y vigilante; y

esta circunstancia puso el colmo à mi terror.

Pasé la noche rodeada de mis criadas cuya presencia me atormentaba, temiendo al mismo tiempo el hallarme sola, por lo que no me atrevia à quejarme ni à despedirlas. Tenia que sufrir en mi interior todos los tormentos que deben causar el arrepentimiento, el susto, y la procsimidad de una horrorosa catástrofe.

Al amanecer pedí que me condujesen al cuarto de mi hija, à la que hallé todavia durmiendo; mandé salir à mis doncellas y me senté al lado de la cuna. Pero ay! su vista lejos de dulcificar mis penas, las aumentó todavia mas. «¡Ah querida hija mia! «dije, tu duermes apaciblemente, «gozas las dulzuras del descanso,

«siéndote imposible el conocer ni «participar de los terribles pesa-«res de tu desgraciada madre. Qui-«zà te veo por la última vez!... re-«cibe mi tierna bendicion... Gran «Dios! proseguí ponièndome de «rodillas, estoy resignada à todo «el rigor de mi suerte, pero que «mi hija sea feliz, que su vida «sea inocente y tranquila... Si es «cierto que ha de haber cruel-«dad para arrancarmela... Dios «mio, protejedla, servidla de ma-«dre....

Mis continuos sollozos me impidieron decir mas, y en aquel momento abrase de repente la puerta del cuarto y se deja ver el Duque. Horrorizome su vista y mis ojos se secaron enteramente: levantéme del suelo, pero faltàndome las fuerzas para sostener-

me en pie, volví à caer en la silla.—«Y bien, dijo, os he hecho «la reflecsion mas prudente? ¿Co-«noceis por fin lo que arriesgais «resistiendo à mi voluntad?..." Toda mi respuesta fué un profundo suspiro. «¿Estais todavia, «continuò, en la resolucion de no «declararme jamàs este nombre?" Yo levanté los ojos al cielo continuando en mi sílencio. «Quiero «una respuesta positiva, replicò, «me lo nombraréis ó no?...—No «puedo, respondí...—Ah! gritó, «ya has pronunciado tu sentencia: «mira esta niña y dàle un eter-«no à Dios...—No, interrumpí, no «tendreis la barbarie de separar-«me de ella. Ah! dejadme à mi «hija, permitid que à lo menos «la vea alguna vez, y sostendré «sin murmurar todo el rigor de

«vuestra cólera.—Qué! ¿vuestro co-
«razon es en efecto inaccesible à
«la piedad? Ah! si asi fuese, por
«riguroso que sea mi destino, to-
«davia seriais mas digno de las-
«tima que yo... pero no, no pue-
«do creerlo; vos no me arranca-
reis à mi hija para siempre..."
En este momento despertó la ni-
ña, abrió los ojos y mirando à
su padre sonrióse y levantó àcia
él sus manecitas casi juntas. «Ay!
«dije, no parece sino que os rue-
«ga à favor mio. ¡Oh hija mia,
«mi querida hija, que no puedas
«tu hablar! tu aplacarias à tu pa-
«dre..." Quise entonces tomarla
en mis brazos, pero agarràndola
el Duque, me dijo: «dejadla, ya
«no es vuestra. No! esclamé, qui-
«tadme la vida, ó volvedme à mi
«hija... es preciso para conse-

«guirlo arrojarme à vuestras plan-
«tas, aqui me teneis." Al decir esto me precipité à sus pies, reguélos con mis lagrimas, abracè sus rodillas... nada le costaba à mi orgullo; pedia à mi hija. El barbaro pareciò gozarse en mi abatimiento; contemplóme un instante en esta situacion y en seguida me rechazò con furor encaminàndose à la puerta; pero yo iba siguièndole de rodillas y gritando, «hija mia, hija mia." Asustada la inocente criatura diò un grito lastimoso tendièndome los brazos... Ay! parecia que me daba un doloroso à Dios... en aquel mismo instante la perdí de vista, y el Duque salió impetuosamente, dejàndome en una verdadera desesperacion.

Volvió à entrar à poco rato

obligàndome à ir à mi cuarto, y serenando entonces su semblante, me dijo: «Vos me haceis de «un corazon inhumano, y no obs-«tante..." Paròse aqui bajando los ojos, aquellos ojos cuyas miradas sombrias y feroces hubieran podido descubrir su horrible artificio; pero yo estaba en poder suyo, ignoraba todo el horror de sus proyectos, y no veia interès alguno que le obligase à disimular. Mi corta edad de diez, y ocho años me hizo creer que efectivamente se reprehendia á si mismo el ecceso de su crueldad, y que à lo menos dulcificaria la venganza que habia meditado al principio.

Este rayo de esperanza llegó à reanimar mi corazon y me alentò para hablarle de mi hija; es-

cuchóme con un semblante sombrío pero sin manifestar enfado, y aun fingiendo que no podia ocultar su enternecimiento, me dió à entender que su amor era el ùnico movil de los eccesos à que se entregaba, y acabò diciéndome que si miraba por mi salud podria volver à ver à mi hija. Una tan dulce esperanza me hizo olvidar todo lo que habia padecido: viendo al Duque menos furioso me sentia yo mas culpable, conociendo que en realidad debia odiarme, y que segun mis cartas podia juzgarme verdaderamente criminal: escusé pues su crueldad, mostràndome sensible à la compasion que aparentaba, y mientras que el mas sìncero arrepentimiento hacia correr en abundancia mis làgrimas, el cruel au-

tor de mís males se aplaudia en secreto del feliz ècsito de sus negros artificios, y lo preparaba todo para perderme.

Entretanto una ardiente calentura dimanada de tan violentos pesares me obligó à guardar cama: entonces mostró el Duque la mas viva inquietud y despachó un espreso à Napoles para hacer venir dos médicos. Jamás se apartaba de mi cabecera, dándome en presencia de mis criadas las mayores pruebas de ternura: deciame en particular todo lo que pudiera persuadirme que la pasion sobrepujaba à sus resentimientos, y me aseguraba de un modo positivo que volveria á ver á mi hija luego que me dejase la calentura.

A esta promesa olvidé todos

los insultos que me habia hecho; tomé una de sus manos que apreté entre las mias, regándola con lágrimas de reconocimiento; aquella mano bàrbara que dentro pocas horas debia arrastrarme y precipitarme al fondo de un horrible calabozo!

Los médicos asegurados de que mi enfermedad no era peligrosa y obligados á volver à Napoles, partieron al cabo de dos dias. La misma mañana de su partida, afectó el Duque una inquietud mucho mayor sobre mi estado, y à pesar de que ya no tenia calentura me obligó á guardar cama. Como los tres dias anteriores habia hecho velar de contiñuo à todas mis doncellas, lo que las tenia en estremo fatigadas, las dejó descansar todo aquel dia, diciendo

que él me velaria asistido de un ayuda de camara y de una muger anciana que guardaba el castillo. Estos dos testigos no se eligieron al acaso, sino que fueron preferidos á los demás, conociéndolos él por tan crédulos como limitados. Las cortinas de mi cama estaban tiradas y me creia aun asistida de mis doncellas, cuando à eso del medio dia noté que no estaban en mi aposento mas que las dos personas de que acabo de hablar; y no pudiendo menos de manifestar mi sorpresa, se me acercò el Duque para decirme que no por esto dejaria de estar bien servída, pues que él no me abandonaria. — ¿Y esto porqué? repliqué conmovida, yo no me hallo peor! — A esto me dió por toda respuesta que no hablase y

que procurase sosegarme; y sin decir otra cosa se sentó à mi cabecera. Turbéme entonces sin saber porque y mis ojos se llenaron de làgrimas: el Duque parecia inquieto y agitado, y advertí en su rostro una alteracion estraordinaria.

Serian las tres de la tarde cuando pidiéndome el brazo que le alargué temblando, me tomó el pulso, y dirijiéndose de repente à mis dos guardas, dijo en voz alta al ayuda de camara que corriese à la caballeriza y enviase à Napoles por un médico; mandando al mismo tiempo à la vieja fuese á buscar un clerigo y se viniese luego con él, añadiendo á todo esto en tono desesperado *se muere, se muere.*

Figùrese el lector si es posible

el ecceso de mi sorpresa y espanto. Mi primer movimiento fué levantarme para huir, pero volví à caer sobre la cama con un látido de corazon que no me dejaba respirar, y poseida de un terror que me helaba la sangre, haciéndome enteramente inmovil. Los dos criados despues de haber recibido cada uno su comision, que les ausentaba á lo menos por tres cuartos de hora, salieron de mi aposento y me quedé sola con el Duque. Acercòse entonces à mi cama y presentándome un vaso, me dijo: tomad esta bebida. Erizaronse mis cabellos á estas palabras, y un sudor frio inundó mi rostro: creí encontrarme en mis últimos momentos, pues no dudaba que me ofrecia un veneno. — Bebed, replicó. « — Ah! esclamé, que es lo

«me dais? — Lo que os conviene «tomar. — Dejadme pues el tiem-«po para implorar la misericordia «del Eterno... — ¿Que osais sos-«pechar? ¿Me acusais de un crì-«men? — Ay! yo no acuso mas «que à mi imprudencia y á mi fatal «destino... Dios mio! esclamé con «las manos juntas, perdòname, «perdona á mi perseguidor, con-«suela á mis padres, y proteje á «mi hija." Acabada esta corta oracion, sentí reanimarse mi valor y mis fuerzas, atreviéndome á esperar que mi resignacion me haria menos indigna de parecer en la presencia del Eterno. Miré con ayre sosegado al Duque que estaba pàlido, cortado y casi temblando: dijo despues algunas palabras entre dientes, y sosteniendo con una mano mi cabeza, acercó con

la otra el vaso à mis labios. Bebí entonces sin resistencia todo el licor que me presentaba, y juzgando haber recibido la muerte, me dejé caer otra vez sobre la almohada, teniendo hecho enteramente en mi corazon el sacrificio de mi vida. Despues de algunos minutos mis ojos agravados se cerraron, un entorpecimiento total me quitó la palabra y aun la facultad de pensar, y quedé sumergida en un sueño letargico y profundo.

He sabido posteriormente, que al cabo de media hora volvieron el ayuda de camara y la criada: corrió luego à su encuentro el Duque con los cabellos desordenados y el rostro lleno de làgrimas, diciéndoles que yo acaba de espirar y mandàndoles cu-

trar en mi cuarto para enterarles de mi desgracia, ó socorrerme si todavia daba señales de vida. Acercòse á mi lecho cuyo cortinage habia tenido cuidado de cerrar y de obscurecer todo el cuarto; fingió prodigarme todos los socorros imaginables, y poco despues aparentò entregarse á la desesperacion mas violenta. Llegò entretanto el Ministro, à quien mandó recitar las preces de difuntos, y durante la ceremonia, despiertas ya mis criadas y alborotada toda la casa, corrian de tropel à mi aposento. El Duque estaba de rodillas á mi cabecera, y mis dos asistentes referian por menor á la familia reunida todas las pruebas que se habian hecho para conservarme la vida. Despues de esta relacion, entreabrió

el Duque un poco las cortinas, à fin de que me viesen pálida y sin movimiento, con lo que nadie dudó de mi muerte. Hizo en seguida retirar à todos á la pieza inmediata, quedándose solo con el Ministro que era un anciano de ochenta años, á quien mandó continuar las oraciones hasta media noche; y declarando entonces que no queria me enterrasen hasta la tarde del dia siguiente, obligó à todos á que se fuesen á descansar, diciéndoles que queria pasar alli lo restante de la noche, no pudiendo resolverse à separarse de mí. Cerró todas las puertas del cuarto y colocò al Clerigo y à los dos criados en una antesala separada por otras tres piezas grandes; dijoles que no me dejaria hasta las siete de la mañana, y

que deseaba estar solo para no distraerse en su dolor y oraciones.

Fatigada la familia por las vigilias anteriores y el trabajo de aquel dia, se aprovechó con ansia del permiso que se le daba. Todos dormian profundamente á eso de las cuatro de la mañana, hora en que, saliendo por grados de mi letargo, me desperté. Al abrir los ojos y al recobrar mis sentidos, lo primero que se me ofreció fué el Duque en pié al lado de mi cama: estremecime al verle, no obstante que nada se me acordaba de lo sucedido: mirándole despues fijamente y viniéndome en confuso à la memoria que estaba irritado contra mi, un movimiento de temor me hizo volver la cabeza, y queriendo llamar

à mi imaginacion lo que habia pasado, se me ofrecieron à ella mil ideas vagas y fantasticas, y caí en un estupido desvario que fué seguido de una especie de entorpecimiento.

Entonces me hizo el Duque respirar una agua espirituosa, haciéndome tragar al mismo tiempo unas gotas de un licor que me reanimó enteramente. Sentéme luego en mi lecho, mirando con sorpresa todo lo que me rodeaba: desenvolviéronse poco à poco todas mis ideas, y cuando me acordé que creia haber tomado un veneno, casi dudaba de mi ecsistencia. «¿Que milagro me vuelve à «la vida? esclamé finalmente. — No «habeis esperimentado mas que «un terror panico, contestó el «Duque; s osegaos y desvaneced un

«temor que me ultraja." No me atreví à replicar: aparté mis cortinas para mirar todo el cuarto y viéndome sola con él fué tanto mas grande mi terror, cuanto habia ya recobrado todo mi conocimiento. «Pues porque, le «pregunté, me velais vos solo?— Yo lo sabreis, me dijo, entretanto levantaos. Diciendo esto me presenta un vestido que me ayuda el mismo à pasar, y sosteniendome en sus brazos me acompaña ò mas bien me lleva à una silla, y como advirtió que todavia estaba debil y trémula, me hizo otra vez tomar del licor que ya habia bebido, y despues de un corto silencio me habló de este modo.

«Ahora nada os encubrirè: sa«bed que lo que tomasteis ayer

«fuè un brebage soporífero para
«adormeceros. — Y porqué? — Es-
«cuchadme y no me interrumpais.
«Vos me habeis engañado, me
«habeis deshonrado; os ofrecí mi
«perdon pero lo reusasteis. Con-
«vencida de vuestra infidelidad,
«continuais alimentando en vues-
«tro pecho un amor criminal, y
«toda mi cólera y mis amenazas
«no han podido obligaros à de-
«clarar el nombre de vuestro com-
«plice. Quizà os habeis lisonjea-
«do de que la consideracion que
«debo à vuestra familia, me im-
«pediria el arrancaros vuestra hi-
«ja y privaros de la libertad. Tam-
«bien os habreis tal vez imagi-
«nado, (pues vuestro odio me
«juzga capaz de todos los crìme-
«nes) que no tenia otro medio
«de vengarme, que el de atentar

«en secreto à vuestra vida, y esa «invencible aversion que me te-«neis no os haria muy sensible «la muerte. Pero sabed sin em-«bargo que vivireis à pesar vues-«tro, y que vivireis separada pa-«ra siempre de vuestros padres, «de vuestros amigos, de vuestras «criadas y del mundo entero. — Oh «cielos, esclamé, y creéis que no «os pidan cuenta de mi paradero «un padre tierno y la mejor de «las madres? — Mañana recibiràn «la falsa noticia de vuestra muerte, «replicó. — Gran Dios! y como os «serà posible? — Todo el castillo «esta ya cierto de ella; toda la fa-«milia os ha visto durante vues-«tro letargo. — Ay de mi! grité «derramando amargas lagrimas, ya «pues no ecsisto en el mundo «sino para vos! ¡Ah! ahora si que

«conozco todo el horror de mi si-
«tuacion! Aun no lo sabeis todo,
«replicò el Duque, sabed que
«este palacio encierra unos vas-
«tos subterraneos desconocidos de
«todos: la luz del dia jamàs ha
«penetrado en ellos. — Dios mio!
«esclamé, no hay remedio, soy per-
«dida sin recurso. — No, me di-
«jo, vuestra suerte està aun en
«vuestras manos: puedo ir desde
«luego à despertar à toda la casa,
«y declarar que esto no ha sido
«mas que un accidente: tampo-
«co he despachado la carta à vues-
«tro padre; todavia puedo volve-
«ros al mundo y perdonaros: no
«ecsijo de vos mas que una pa-
«labra, una sola palabra. Me es
«preciso una víctima, ya os lo he
«dicho: nombradme à vuestro
«amante y desde luego recobrais

«vuestros derechos, os vuelvo al «mundo, à la vida.... — ¿Que es lo «que me proponeis, le interrum-«pì, el que entregue à vuestro re-«sentimiento un objeto que, os lo «repito, no os ha ofendido? Ah! «seria indigna de vivir si tenia la «bajeza de consentirlo. — Pensadlo «bien, gritó el Duque arrojan-«dome una mirada espantosa; si «reusais otra vez os arrastro à la «tenebrosa prision de la que na-«die podrà arrancaros. Mañana es «preciso que vuestros padres se «desesperen por vuestra muerte, «ó se alegren de vuestra conva-«lecencia; mañana volveréis à abra-«zar à vuestra hija y à gozar de la «luz, ò sereis privada de ella pa-«ra siempre, gimiendo en un hor-«rible calabozo; mañana por fin, «os veràn en esta casa gozando

«de perfcta salud, ó se celebraràn «vuestras ecsequias funebres... Pen«sadlo bien: pasado este momen«to ya no hay esperanza de per«don: en vano lo imploraria vues«tro arrepentimiento, ya no me «seria posible concederoslo."

A este terrible y precipitado discurso, me levanté fuera de mí, dirigí con espanto la vista ácia la puerta y arrojando un doloroso grito, esclamé. «Que! ¿estoy pues «abandonada del universo entero? «Hija mia! ¿viviré y no te veré «mas? Padre mio! Mi tierna ma«dre! Mañana lloraréis mi muer«te!... ¡Hija mia!... Ah! permitid«me á lo menos que vea otra véz «à mi hija... Una sola palabra, di«jo el Duque, y dentro de un cuar«to de hora la estrecharéis en vues«tros brazos."

Estas últimas palabras despedazaron mi corazon; estuve un momento en silencio, reflecsionando que el Conde de Belmire estaba ausente y que no debia volver antes de un año, en cuyo tiempo me seria facil prevenirle; y que à mas de esto una declaracion sincera manifestaria del todo mi inocencia: pero prontamente se presentó à mi imaginacion la crueldad de mi perseguidor, y desechó desde luego esta ligera tentacion. En efecto; ¿quien me aseguraba que una confesion semejante me restituiria mi hija y la libertad? ¿No debia antes bien creer, que, asegurado como estaba el Duque de mi aversion, no renunciaria à la venganza que habia meditado, ó que á lo mas se contentaria con dulcificar algun

tanto su rigor? ¿Y en esta incertidumbre, debia yo entregar à sus furores al objeto de mi cariño?

Todas estas reflecsiones se presentaron à mi memoria con una estrema rapidez, y creyendo el Duque que titubeaba, me instó nuevamente, diciendo. « Va à sa-«lir luego la aurora, ya es tiempo «de decidiros: voy à dispertar à la «familia y anunciarla que aun vi-«vís, ó voy à conduciros à vues-«tro sepulcro?... hablad... ¿quereis «nombrarme el autor de vuestros «males y de los mios?" A esta pregunta levanté al cielo los ojos; y reuniendo todas mis fuerzas, le respondí: « no, no: jamás lo pro-«nunciarán mis labios. — Que de-«cís desgraciada!.... — No, aña-«dí, perded esta esperanza, no «lo sabréis jamàs. — Pérfida! gri-

«tó el Duque, ¿prefieres pues «tu amante à tu hija, à la liber-«tad, à la vida, al universo en-«tero? Tiembla: ha llegado ya el «momento de la venganza."

Al acabar estas palabras quizo asirme del brazo, pero me escapé llena de espanto y horror: corrí al estremo del cuarto, y rodeando con los brazos los pilares de mi cama, me así fuertemente à ellos. Este movimiento me hizo caer el gorro de la cabeza, esparciendo mis cabellos por las espaldas, à cuya vista, el Duque venia ácia mi se detuvo sorprendido, y me contempló un rato en silencio: luego despues arrancàndome á la fuerza de la columna, me arrastrò delante de un espejo, diciéndome: «infeliz! con-«templa por la ultima vez esa

«hermosura que unas tinieblas hor-
«rorosas van à ocultar para siem-
«pre... levanta esos ojos... mirate...
«no seas mas bàrbara de lo que
«lo soy yo mismo: reflecsiona en
«tu juventud, en tus gracias, tén
«lastima de tu suerte... todavia
«podrias cambiarla."

Entonces no pude menos de echar àcia el espejo una mirada languida y temerosa; pero cerré luego los ojos y sentì escaparseme algunas lágrimas «¿Y bien, re-
«puso el Duque, estais siempre
«en lo mismo?—Ah! dije, no me
«habeis en vano ofrecido que vol-
«veria á ver á mi hija?" Apénas acabé de pronunciar estas palabras, cuando el Duque lleno de rabia me cogiò, llevàndome fuera del cuarto; dejéme arrebatar sin resistencia, porque el ecceso de mi

terror me quitaba del todo mis fuerzas.

Despues de haber atravesado dos ó tres piezas, me hizo bajar una escalera secreta que salia à un gran patio, à cuyo estremo estaba una puerta que abrió el Duque: salimos por ella y vi que estabamos en el jardin. Advirtiendo entonces el Duque que empezaba ya à amanecer, se volvió diciéndome: «esta aurora es la úl«tima que veràn tus ojos para «siempre." Echéme de rodillas al oirlo, y levantando mi cabeza al cielo. «Dios mio! esclamé, vos que «conoceis mi inocencia, permiti«réis que sea enterrada en vida, «y privada para siempre de la luz?

Acabando estas palabras, me arrastró àcia una roca que distaba como unos veinte pasos, y

colocando una llave detràs de una enorme piedra, hundióse al instante una especie de trampa. Horrorizóme su vista y advirtiendolo el Duque se detuvo y me dijo: aun os queda un momento, «ved ahí vuestra tumba abier«ta. Arrepentios finalmente, haced «ver vuestros remordimientos con «una declaracion sincera y estoy «pronto à perdonaros. Creeis tal «vez, continuó, que en el ins«tante de consumar mi venganza, «temo por mi mismo sus resultas; «pero hace ya demasiado tiempo «que la meditaba, todo lo he pen«sado y previsto, y nada es capaz «de detenerme."

Hízome entonces una horrorosa y menuda relacion de todas las precauciones que habia tomado: dìjome que habia mandado hacer

una figura de cera pàlida y de color de muerte, la que colocaria en mi lugar, y que so pretesto de querer complir con un acto de piedad, el mismo la sepultaria, acompañado de la criada vieja de que ya he hablado, sin que por esto se viese obligado à dar parte del secreto à nadie, ni aun à esta muger que solamente debia ser un testigo de sus acciones. «En fin, añadiò, aceptais «el perdon que todavia me digno ofreceros por la ùltima vez? «Hablad: sacrificad vuestro amante á mi resentimiento, decidme «su nombre, ò renunciad para «siempre à la libertad, al mundo «y à la luz."

. . . . .

A estas palabras estendi mis brazos àcia el sol que ya empezaba á dejarse ver, como para

darle un eterno à Dios. El cielo cargado de nubes brillantes y magestuosas ofrecia el espectaculo mas agradable; esta contemplacion elevò mi alma restituyéndome todo mi valor; arrojé sobre la tierra una mirada de desprecio, y volviéndome al Duque le dije con tono firme: «tomad vues«tra víctima." Al mismo instante me arrastra à la tumba, mi corazon palpitaba con fuerza y volvì la cabeza para mirar otra vez la luz que abandonaba para siempre. Bajamos en seguida à una oscura caberna y no pudiendo sostenerme mis trémulas piernas y agitada de terribles convulsiones, me desasì de los brazos de mi cruel perseguidor y caì à sus pies sin movimiento y sin sentidos.

Ignoro cuanto tiempo perma-

necì en este estado; pero ay! Ya no debia volver à la vida sino para aborrecer mi funesta ecsistencia. ¡Como espresar el horror que se apoderó de mi alma, cuando al abrir los ojos me vi sola en aquellos vastos subterraneos, rodeada de espesas tinieblas y echada sobre unas esteras de paja! Arrojé un lastimoso grito que repetido por el eco en toda la estension de la caberna me hizo estremecer y redoblò aun mas el terror y espanto que me oprimian. «Oh Dios! esclamé, vè ahí la sola voz que me responderà, el único sonido que oiré de aqui en adelante!" Esta sola reflecsion me hizo verter un torrente de lágrimas.

En esto oigo abrir la puerta de mi prision y veo entrar al Du-

que con una linterna en la mano, que dejando à mi lado un pan y un càntaro lleno de agua, me dijo: «*Este será en adelante* «*vuestro alimento: y cada dia lo* «*hallaréis en el torno que está* «*en frente de vos*: yo mismo os «lo traerè y colocaré en él, sin «que vuelva ya mas à entrar en es«te horrible calabozo." A estas palabras miré al rededor de mi, y observé que estaba en una cueva inmensa à cuyos límites no podia llegar mi vista: la parte que yo ocupaba, estaba cubierta de esteras grandes de paja à fin de preservarme del frio y de la humedad, pues el bàrbaro que me precipitò en aquella tenebrosa hàbitacion, habia tomado al mismo tiempo todas las precauciones para conservarme la vida. Despues

de haber considerado horrorizada todo lo que me rodeaba, me dirigì à mi cruel carcelero, y haciendo finalmente estallar un odio tanto tiempo oculto y tan fundado, le eché entonces en cara todo el horror y el desprecio que me inspiraba. Escuchòme un rato con un furor concentrado, y no pudiendo luego contener su ira, se entregò à la mas terrible còlera dejàndome apresuradamente. Desde aquel dia no volviò à entrar ya en mi carcel y cuando venia à traerme el alimento, daba golpes al torno hasta que yo respondia, marchàndose en seguida sin proferir una sola palabra, y del mismo modo recibia con bastante regularidad ropa blanca y algunos vestidos cuando los que traia eran ya inservibles.

No obstante no tardé en arrepentirme de haber aumentado si era posible con mis reproches su odio y resentimiento: acordéme que era el padre de mi hija, y que este tierno pedazo de mi misma estaba en poder suyo. Ademas de esto, mi corazon no habia perdido absolutamente toda esperanza à pesar del horror de mi situacion, y cuanto mas reflecsionaba en ello, tanto mas dificil me parecia que realmente hubiese concebido el proyecto de tenerme para siempre en tan espantoso cautiverio; llegando hasta à lisonjearme que no habria anunciado mi pretendida muerte, sino que habria encontrado algun otro medio para sustraerme à las pesquisas de mi familia, reservàndose la posibilidad de volverme al

trato del mundo cuando quisiese. ¿Como podia imaginarme que se hubiese impuesto à si mismo la penosa obligacion de traerme cada dos ò tres dias lo necesario para mi sustento, sometiéndose de consiguiente à la triste esclavitud de no poder ausentarse de su castillo sino por tan corto tiempo, pues era mi único carcelero y à nadie habia comunicado su proyecto? Pero ay! no creia yo que el odio para saciarse fuese capaz de cargar con unas cadenas que el mismo amor llevaria con disgusto. Mis reflecsiones no obstante llegaron à persuadirme que pondria un término à su venganza, y ocupada de esta consoladora idea, le dirigia mi voz siempre que llamaba à mi torno, y à pesar de que jamás

me contestaba, imploraba su compasion, aseguràndole mi inocencia. . . . .

Como estaba absolutamente privada de la luz, no me es posible decir cuantos meses, ò tiempo conservè esta dulce esperanza, pero llegué por fin à perderla; y abandonandome entonces mi razon acusé à la Providencia, murmuré de sus eternos decretos, y abatida mi alma con el ecceso del dolor, perdiò su fuerza y sus principios, cayendo en la mas sombria y funesta desesperacion. Aun hice mas: atrevìme à creer que el fatal estado de mis males me daba el derecho de disponer de mi vida, como si nos fuese permitido el romper un lazo tan sagrado porque deja de sernos agradable!

Determinada pues à dejarme morir de hambre, pasé cerca de dos dias sin tomar alimento, no queriendo recogerle del torno. En vano me llamaba el Duque, obstinème en no responderle jamàs, lo que le obligò por último à entrar en mi calabozo. Cuando le vi con la linterna en la mano, à pesar del horror que su presencia me inspiraba, sentí un movimiento de alegria volviendo à ver la luz. Sin embargo no le hablé: ofreciòme dulcificar mi cautiverio, dàndome luz, libros y un alimento mejor, si queria decirle este nombre tantas veces pedido; à cuya proposicion le miré fijamente, y con el mas profundo desprecio le dije: «ahora que habeis ya di-«suelto todos los lazos que por «desgracia nos unian, mi corazon

«es libre y se entrega sin remor-
«dimiento à una pasion que en otro
«tiempo combatia en vano. A este
«óbjeto, cuyo nombre me pedís
«para sacrificarlo á vuestro furor,
«lo amo ahora mas que nunca: si,
«mi último suspiro será para él:
«juzgad pues si os lo denunciarè.
«—De esta manera, repuso, està
«borrado en vuestra alma todo sen-
«timiento de religion: vos alimen-
«tais en vuestro corazon una lla-
«ma adultera y renunciais à la
«vida...—Bàrbaro! le interrumpí,
«¿soy yo acaso vuestra muger?
«¿Os atreverèis á sostenerlo, vos
«que me habeis precipitado en
«este espantoso abismo, vos que
«llevais luto por mi muerte?...
«—Es verdad, no tengo fuerzas pa-
«ra soportar mi vida; pero es-
«te Dios que nos oye y juzga,

«castigarà en vos solo los efectos «de la desesperacion à que me habeis reducido... en la terrible si«tuacion en que me hallo, si yo «cometo un crimen, solo vos se«réis el responsable.... Ya no hay «mortal alguno que pueda oir «mis quejas y mis gritos; ¿pe«ro que profunda cueva, ni que «espesas bovedas pueden ocultar «al Eterno los gemidos del debil «injustamente oprimido?... Tem«blad, este Dios nos vé, él escu«sa mis faltas y està pronto á «perdonarlas; pero su brazo ter«rible y vengador està levantado «contra vos... si... temblad.

Estremeciòse el Duque à estas palabras, miróme con ojos descarriados, y gozé por un momento de la satisfaccion de haber llenado de espanto y de remordi-

mientos à una alma tan baja como feroz. Pàlido, inmovil y confundido, bajò la vista y permaneciò algunos instantes en un silencio pavoroso. Volvió despues à tomar la palabra y me dijo: «No imputeis sino à vos misma «los males que sufris: erais cri-«minal, tengo de ello pruebas «ciertas que no habeis podido des-«hacer, y à pesar de esto, no me «determiné à castigaros hasta des-«pues de haberos ofrecido muchas «veces el perdon. Ahora mismo «os propongo disminuir vuestro «castigo y lo reusais. Si, si lo «hubieseis querido, á pesar de «vuestra infidelidad y del odio con «que me mirais, estariais aun en «vuestro palacio, veriais à vuestra «hija...—¡ Oh hija mia! interrumpí, «ay! ¿vive todavia? ¿Qué habeis

«hecho de ella?... —Está con vues-
«tra madre, me contestó. —Qué!
«¿No està ya en poder vuestro?
«es verdad?" Viendo entonces que esta idea me reanimaba, sacò una carta de mi madre y me permitió leerla: esta carta preciosa que regué con mis làgrimas, estaba escrita en estos términos.

«Mi nieta llegó ayer noche. «Ah! ¿Como os podré pintar el «sentimiento que despedazaba mi «corazon al abrazarla? Vos me la «entregais, ya es mia, ya siento «que la amo con ecceso y ella «sola puede hacer soportable mi »ecsistencia, aunque no consolar«me. ¡Ay de mi! es verdad que «ahora podré, sin esperimentar «inquietudes, gozar todavia de «la dicha de ser madre; pero des«pues de la pérdida que lloro,

«hay en la tierra algun bien so-
«bre el que pueda yo contar?...
«Este verano prócsimo vendré à ve-
«ros, y os traeré à vuestra hija,
«pasando dos meses en vuestra
«compañía; y ya que no podeis
«separaros de la triste mansion
«que vuestro dolor os hace tan
«grata, tendré el valor de ve-
«nir à encontraros en él: veré con
«mis ojos ese soberbio monumen-
«to que ha elevado vuestro amor
«à la memoria de un objeto tan
«digno de nuestras làgrimas. ¡Pe-
«ro qué! ¿Serà posible que una
«madre pueda abrazar sin morir
«el sepulcro de su hija? Sin em-
«bargo quiero vivir: la religion me
«lo manda, y la naturaleza mis-
«ma me impone esta ley: si, vi-
«viré para la hija que os dignais
«confiarme. Ah! ¿Como podré ja-

«màs pagaros un tal beneficio, un «sacrificio semejante? ¿Cuanto de- «beis vos amar à esta tierna ni- «ña? es un vivo retrato de su ma- «dre, posee todas sus gracias, con «ella me volveis à mi hija en sus «primeros años. ¡Oh lisonjera ilu- «sion! ¡Infeliz madre! Ya no tie- «nes hija, y el eceeso del dolor «no puede librarte de la vida!..."

Apénas acabé de leer esta car- ta que esclamé poniéndome de rodillas: «Gran Dios! Mi hija en «los brazos de mi madre! Y esta «madre tierna consiente en vivir «por mi hija! Dios bueno! yo te «bendigo; tu rayo no ha herido «mas que mi cabeza... Ahora bien «me resigno à mi suerte; perdo- «na mis insensatas murmuracio- «nes; haz felíz todo lo que amo, «y alarga segun tu voluntad mi

«dolorosa ecsistencia." Concluida esta suplica volví á echarme sobre mi estera, porque la eccesiva debilidad no me permitia sostenerme: el Duque aprovechó esta ocasion para ofrecerme algun alimento que tomé al instante, y saliòse en seguida de la caberna, sin que desde aquella época lo haya vuelto à ver mas.

En adelante, fiel al voto que habia formado, procuré conservar mis dias. La idea de que mi sumision y mis ruegos atraerian sobre mi madre y mi hija todas las bendiciones del cielo, ésta consoladora idea, fué bastante para reanimar mis debiles miembros, y sostener mis fuerzas de tal modo, que mi mayor pena llegó á ser el recuerdo de mis faltas. »Ay de «mi! decia, todos mis males son

«obra de mi misma; no he tenido
«la debida confianza en mi madre,
«y dejando de consultarla, me
«he descarriado inmediatamente.
«Hija ingrata y culpable! El cie-
«lo para castigarme cegó à mis
«padres en su eleccion, y el es-
«poso que me destinaron no po-
«dia hacerme feliz. No obstante, los
«sentimientos de la naturaleza hu-
«bieran mitigado en gran parte
«mis pesares, si no hubiese come-
«tido nuevas imprudencias; pero
«lejos de buscar todos los medios
«para triunfar de una pasion cri-
«minal, la alimenté en el secre-
«to de mi corazon, y tuve ade-
«mas la osadia de hablar de ella
«en esas fatales cartas que han cau-
«sado mi pérdida, atreviéndome
«á pintar en ellas toda su violen-
«cia, y quejándome al mismo tiem-

«po de un esposo à quien ofendia!»

Estas reflecsiones me hacian derramar muchas làgrimas; pero encontraba una cierta dulzura en llorar mis faltas, que no me era insufrible sentirlas con tanta viveza, segura de que mi llanto podia borrarlas. El remordimiento que es hijo del crimen, debe sin duda roer de continuo nuestra conciencia; pero el pesar de una debilidad involuntaria nada tiene de amargo ni de terrible: este virtuoso sentimiento nos consuela en medio del dolor, reconciliàndonos al mismo tiempo con nosotros mismos.

Despojada pues de todo, y separada enteramente del universo, mi corazon hecho para amar, se entregó muy pronto à la pasion sublime que unicamente podia ha-

cerme soportar la vida. La religion me dió à conocer y gustar de todos los socorros inagotables que puede ofrecer à los mortales: ella desterrò con el tiempo é insensiblemente de mi alma esta pasion desgraciada que era el mayor de mis males: ella por fin supo darme lo que la sabiduria mundana y la sola filosofia no podrian hacer, esto es, el valor de sufrir, sin desesperarme y sin murmurar, nueve años de encierro en un subterraneo profundo é impenetrable à la luz.

Debo sin embargo confesar que durante los dos ó tres años primeros sufrí penas tan terribles, que solo su memoria me estremece todavia. El tiempo sobre todo en que, segun el càlculo que habia formado, imaginè que mi

madre è hija debian ya haber llegado á aquel mismo castillo en que yo estaba prisionera; este tiempo, digo, pasó de una manera muy dolorosa para mi, y forma la época mas cruel de mi cautiverio. Traspasado mi corazon con la terrible idea de que unos objetos tan queridos estaban tan cerca de mi, sin que me fuese posible el verlos y abrazarlos, ni aun conservar la esperanza de poderlo hacer algun dia; esclamaba: «Ah madre mia! vos llorais «mi muerte y yo ecsisto! ¡Y que «mano, gran Dios, que mano es «la que enjuga vuestras làgrimas! «Ah! vos las derramais en el se«no mismo de mi perseguidor, de «mi verdugo!... No, no es mi ver«dadera tumba aquella à que os «acompaña! Ay de mi! Mil veces la

«pisaréis sin conocerla, y miraréis «con ojos enjutos esas rocas que la «ocultan! Tal vez en el silencio de «la noche, no permitièndoos vues«tro dolor gozar de las dulzuras «del sueño, vendrèis errante al «rededor de mi sepulcro! Tal vez «en este mismo instante estais sen«tada cerca de esa horrorosa tram«pa, que ya no se abrirà jamàs «para mi! Ah! si es asi, sin du«da pensais ahora en vuestra des«graciada híja, la llorais aqui mis«mo, sin poder oir sus dolorosos «gritos, y su trémula voz que os «llama; madre mia! madre mia!"

Estas tristes reflecsiones me arrancaban el alma, turbando muchas veces mi razon, y à estos crueles accesos del dolor sucedia una cierta insensibilidad y estupidez quizà mas horrorosa que

la desesperacion misma. Pero à medida que se fortificaba en mi corazon la piedad, se debilitaban estos violentos transportes: encontraba en la oracion consuelos inesplicables; y todas aquellas ideas que contristan comunmente à los mortales, eran para mi los mas agradables entretenimientos. ¡Con que placer meditaba en la brevedad de la vida! ¡Con que serenidad contemplaba la muerte! «Por dichoso que sea el hombre, «decia, està jamas enteramente sa«tisfecho con esa felicidad debil «y pasajera que uno puede gozar «sobre la tierra? Ah! Menos se «ocupa en los bienes que posee, «que en aquellos que su incons«tancia y deseos insaciables ambi«cionan; y en el seno mismo de «su engañosa dicha, la imaginacion

«se complace en distraerse àcia lo «futuro. ¿Pero que importa que «su suerte sea feliz ó desgraciada? «¿Que consigue con que sus espe- «ranzas sean satisfechas ó se desva- «nezcan? ¿No formarà siempre su «corazon nuevos deseos? ¿Sabe «acaso gozar de lo presente y con- «tentarse con ello? ¿Pues porque «debo yo sentir tan vivamente la «perdida de todos los bienes de «que estoy privada, si ellos solos «no pueden darme la felicidad? Es «verdad que he de pasar mis dias «en medio de unas tinieblas hor- »rorosas, que no presentan en lo «por venir à mi helada imaginacion «mas que una larga y tristisima no- «che; pero qué? No pensemos sino «en el despertar: olvidemos esta «vida perecedera y no veamos mas «que la eternidad: despreciemos

«el dolor de un momento al que
«debe suceder una dicha inmortal:
«dirijamos todos los deseos, toda
«nuestra esperanza àcia el único
«objeto digno de atraer y llenar
«el corazon humano."

De este modo, y por medio de semejantes reflecsiones se hacia mi alma superior à la desgracia, llegando por último à sostenerla con una entera resignacion. Vuelta à la razon y à mi misma, no solamente se dulcificaron mis penas, sino que aun llegué à acostumbrarme à las tinieblas y al cautiverio. Como mi prision era espaciosa, me paseaba una gran parte del dia (ó de la noche, pues que no podia saberlo), formàndome un cierto plan de ocupaciones. Hacia diferentes versos que recitaba despues en voz alta, y

como sabia con bastante regularidad la música, componia una especie de cànticos, siendo uno de mis mayores placeres el cantarlos y escuchar el eco que me respondia. Mi sueño llegó à ser con el tiempo dulce y tranquilo, y en ellos me presentaba la imaginacion ideas agradables sobre mis padres y mi hija, pintàndome à estos queridos objetos siempre satisfechos y felices. A veces me hallaba como transportada en medio de brillantes palacios y jardines deliciosos, volviendo à gozar de la agradable vista de los cielos, de los àrboles y las florès, y de toda la naturaleza: estas dulces ilusiones me volvian por algun tiempo y en cierta manera todos los bienes que habia perdido. Es verdad que suspiraba al desper-

tar, viéndolas en un momento desvanecidas; pero volvia à entregarme al sueño con gusto, y aun estando despierta, mi corazon no era inaccesible al placer; ecsaltabase mi imaginacion, y contemplàndome á la presencia del Eterno, me atrevia á lisonjearme de que mi paciencia y resignacion no eran un espectaculo del todo indigno de sus miradas. Testigo de todas mis acciones El me oia, hablaba á mi corazon, lo alentaba elevàndolo àcia si, y entonces me parecia que ya no era sola en mi caverna.

Despues de la privacion de los objetos de mi amor, lo único que sentia haber perdido, era la luz y la vista de los cielos, no pudiendo compreender como podia entregarse ninguno à la desesperacion, aun

en el mas penoso encierro, mientras tuviese una sola ventana que diese al campo; pero ultimamente lleguê de tal modo à acostumbrarme con mi situacion, que lejos de desear como antes la muerte, conocí mas de una vez que aun la temia. Faltabame á menudo el alimento, porque el Duque me lo traia à veces para tres ó cuatro dias, lo que tal vez era porque tendria que hacer algun corto viaje, y cuando acababa mi provision, esperimentaba una cierta inquietud: la idea cruel de que la muerte de mi tirano debia causar infaliblemente la mia, me obligaba à pedir al cielo por su salud. Verdad es que ya mi odio se habia aplacado, y la religion me habia hecho renunciar facilmente al rencor. ¿Debia acaso

serme costoso este debil esfuerzo, cuando habia ya triunfado del amor mismo? Compadecia pues à mi perseguidor, figurábame el estado horroroso de su alma, representábanse à mi imaginacion sus furores, su miedo y sus remordimientos, y me hallaba con esto mas que demasiadamente vengada. En los primeros tiempos de mi cautividad, no me era posible oirle llegar sin que un eccesivo terror ofuscase todos mis sentidos; mas debilitaronse poco à poco estas violentas impresiones, y aunque me inspiró siempre su arribo alguna commocion mezclada de un cierto espanto; deseaba no obstante que viniese, no solamente por el interés de mi conservacion, sino tambien porque su llegada interrumpia el profundo y horro-

roso silencio de mi soledad. El movimiento y ruido que hacian sus pasos, me causaba una distraccion, que aunque jamàs me fué agradable, llegó sin embargo à hacerseme necesaria. No me es posible espresar cuan vivo era en mi el deseo de oir algun ruido; los truenos muy fuertes llegaban hasta mi estancia, y entonces es imponderable las sensaciones que esperimentaba; pareciame estar menos sola, escuchaba este rumor magestuoso con tanto arrobamiento como atencion, y cuando cesaba del todo, caia en abatimiento y tristeza la mas profunda.

Tal fué poco mas ò menos mi situacion durante seis ó siete años. En todo este largo espacio de tiempo, no tuve en realidad sen-

timiento mas vivo que el de ignorar absolutamente lo que tenia relacion con mi madre y mi hija. En vano lo preguntaba al Duque al través de mi torno, jamàs pude lograr respuesta, pues que desde su última entrada en el subterraneo no volvió à hablarme una palabra. Necesité de todo mi valor para sufrir esta cruel incertidumbre sobre un punto tan interesante y à veces invocando la proteccion del cielo à su favor, sentia oprimirse mi corazon y corrian mis làgrimas en abundancia. « Ay de mi! esclamaba, ecsisten «todavia mis padres y mi hija? «Yo hago votos para su felicidad, «y quizá tengo la desgracia de «sobrevivirles!"

En otras ocasiones la esperanza con respecto á esto se arraiga-

ba tan fuertemente en mi espíritu, que no cabia en él la menor sospecha, y colocada mi alma en este feliz estado, llegaba hasta á persuadirme que no era del todo imposible que algun suceso estraordinario pudiese romper algun dia mis cadenas. Fijòse esta idea de tal modo en mi mente, sobre todo en el último año de mi cautividad, que hice voto á Dios si llegaba à salir de ella, de consagrarle mis dias retirada lejos de Roma, y de vivir en el campo hasta el fin de mi vida, luego que mi hija no tuviese necesidad de mis consejos y asistencia.

Entretanto tocaba ya á la época mas interesante de mi historia; acercábase el feliz momento de mi libertad, y muy pronto la

bondad de un Dios iba á indemnizarme con profusion de nueve años de sufrimiento y de trabajos.

Habia ya algun tiempo que el Duque, segun parecia, habitaba constantemente en su castillo, porque me traia con bastante regularidad la comida; pero hallàndome una vez con muy poca cosa le esperaba con impaciencia, y como no le oyese venir, acabé enteramente mi corta provision, entregàndome despues al sueño con bastante sosiego. Pero en vano aguardé al despertar un socorro que cada instante se hacia mas necesario: me fué preciso pasar sin comer, y la inquietud, tanto como la hambre y la sed, me privaron absolutamente de dormir. Permanecì aun cosa de otro dia en la misma dis-

posicion sin que oyese el menor ruido: entonces agotadas enteramente mis fuerzas, creí llegaba por fin al término de mi desgraciada vida, y aguardé con tranquilidad la muerte.

Llegó sin embargo à turbar mi calma, y enterneció mi corazon la memoria de todo lo que amaba. «¡Infeliz hija y madre! decia, en «que funesto abandono se ecsa«lan mis ùltimos suspiros! Que«ridos autores de mis dias, con«qué es preciso morir sin recibir «vuestra bendicion? ¡Oh hija de «mis entrañas! No me es posible «darte la mia; no me es permi«tido el dulce consuelo de espi«rar en tus brazos! Hija mia! Hi«ja mia! Tu ni aun puedes sen«tir mi pérdida! en este instante «en que tu desgraciada madre va

«á pagar su tributo à la muerte,
«te entregas quizà à los entrete-
«nimientos y placeres propios de
«tu corta edad!... Pensamiento es-
«pantoso! Yo muero, y aquellos
«que mas amo estàn ya tiempo
«hace persuadidos de mi muerte!...
«Y tal vez consolados!.... ¿Pero
«que digo insensata? ¿Me quejo?
«¿Murmuro de la Providencia
«cuando mis males van à aca-
«barse? Dios bueno! Perdona mi
«criminal debilidad; mi alma la
«abjura, y mi corazon la detesta.
«Oh mi juez y padre mio! Dig-
«nate finalmente recibirme en tu
«seno: llena de confianza en tus
«bondades, y segura de llegar pron-
«to á poseer una dicha immortal,
«aguardo con sosiego la muerte y
«aun la hubiera invocado si tu jus-
«ticia me permitiese desearla."

Al concluir estas palabras volví à caer casi espirando sobre la paja: mi alma se hallaba poseida de una calma y de una tranquilidad, cuyas dulzuras no habia probado hasta entonces; y me pareció que un bálsamo saludable curaba de un golpe todas las heridas de mi corazon. El eceso de mi debilidad confundió à no tardar todas mis ideas, apoderóse poco á poco de mi razon un entorpecimiento vago y delicioso, un cierto ensueño apacible, durante el cual se ofrecieron sucesivamente à mi imaginacion las pinturas mas halagueñas. Pareciame vislumbrar al rededor de mi lecho unos angeles rodeados de luz y unas como figuras celestes; creia oir voces armoniosas y divinos conciertos; represen-

tábaseme el cielo entreabierto y el Eterno que desde su ecselso y brillante trono me llamaba àcia sí, estendiéndome su brazo omnipotente. Ah! él velaba sin duda sobre mi, y su mano paternal iba à romper de un golpe mis cadenas.

De repente despierto temblando de mi letargo y pareceme haber oido golpes en el torno: escucho sobresaltada... los repiten. Mi corazon palpitaba fuertemente... pero que sorpresa! que admiracion inaudita, è imposible de espresar! Oygo el sonido de una voz, y esta no es la de mi tirano; es una voz nueva para mí; parecióme la voz de un angel bajado del cielo para librarme. . . . Atónita, fuera de mí, junté mis manos y esclamé con el mas vivo

reconocimiento: «Dios mio! tu «me envias sin duda un libertador. «Ah! Yo recibia con gusto la muer- «te y tu me vuelves à la vida: «ella es un beneficio tuyo, tu me «permites amarla."

Al decir esto quiero levantarme para acercarme à mi torno, pero no me es posible, las fuerzas me abandonan, y caygo otra vez sobre mi estera. En este momento se abre la puerta del calabozo, y apercibo de lejos una luz...; entran...; yo me siento, quiero mirar, pero no puedo distinguir objeto alguno; mis ojos tanto tiempo hace privados de la luz, no pueden sostener la debil claridad de un farol, y se cierran à pesar mio. Entretanto se acercan... Oh! quien sois? dije con tono apagado... vuelvo á abrir los

ojos todavia deslumbrados, y veo à un hombre de rodillas que pasando su brazo tras de mi cabeza la sostiene, y me presenta algunos alimentos. Consumida entonces por una hambre devoradora, no tuve mas que una idea, la de satisfacer esta necesidad imperiosa; todas las demas estaban por decirlo asi suspendidas en mi imaginacion, y de consiguiente me arrojé con ansia sobre el sustento que se me ofrecia. Sintiendo despues que mis fuerzas se iban reanimando poco à poco, volvíme àcia mi libertador, pero la sombra daba à su rostro, y no supe distinguir sus facciones. «Hablad, «dije, sois el cómplice de mi per«seguidor ó venís para librarme... «— Cielos! interrumpió el desco«nocido, qué voz es esta? ¿en don-

«de estoy gran Dios!..." Al decir esto se levanta apresuradamente, toma la linterna que habia dejado, vuelve corriendo, mírame con una atencion mezclada de enternecimiento y horror; mis ojos se fijan luego en su cara que dejaba ver la luz, tenia erizado el cabello, estaba pálido y temblando, pero no pude desconocerlo: quiero hablar... el llanto me corta las palabras y no puedo pronunciar mas que el nombre de... Conde de Belmire.

El era en efecto: arrojase á mis pies, los riega con sus làgrimas y vuelve despues à levantarse para mirarme de nuevo: profiere algunas palabras cortadas: à un tiempo acusa al cielo y le bendice, y el ecceso de la sorpresa dà à su alegria la aparien-

cia del furor y de la desesperacion misma. Hablàbamos los dos juntos sin escucharnos y sin respondernos, resonando nuestros gritos por la estension de la caberna; pero por fin el Conde levántàndose impetuosamente, esclamó: «Oh hombre el mas bàrbaro de «todos los hombres! Monstruo ec«secrable! ¿Hay acaso un suplicio «bastante afrentoso para castigar «tus crímenes? Y vos, continuó «ayudàndome á levantar, vos, víc«tima desgraciada de los furores «de un tigre feroz, venid, ya es«tais libre."

Al oir estas palabras, mi primera accion fué la de precipitarme ácia la puerta; pero deteniéndome de repente, dije al Con«de. Ah! sois mi libertador, os «debo la vida, la libertad, pero

«estos bienes que ahora me vol-
«veis pueden todavia hacerme fe-
«liz? Ay de mi! Nó me atrevo
«à preguntaroslo... Mis padres...
«—Viven, me dijo.... — Cielos! ¿Y
«mi hija?... — Està en Roma, pron-
«to volarà à vuestros brazos....
«—Oh Dios bueno! esclamé po-
«niéndome de rodillas, ¿con que
«reconocimiento podré jamàs pa-
«gar tus beneficios? este solo mo-
«mento me indemniza de todas
«mis penas. Y vos, generoso pro-
«tector mio, proseguí dirigiéndo-
«me al Conde, sabed ahora mismo
«para vuestra recompensa que soy
«inocente: pero antes de instrui-
«ros sobre los pormenores de mi
«historia, permitidme os haga una
«pregunta: sin duda el Duque es-
«tà enfermo?—Acometido de una
«enfermedad mortal, me respon-

«dió, está á la orilla del sepul-
«cro y no puede vivir mas de
«dos dias. Venid, salid de este
«horrible calabozo: sepa el bár-
«baro antes de espirar que sois
«libre à pesar suyo.—No, le in-
«terrumpí; mis padres son los que
«deben sacarme de esta tumba: so-
«lo guiada por ellos mismos pue-
«do salir de aqui."

Conjuré entonces al Conde paraque enviase inmediatamente un correo à mi padre, lo que me prometió; y dándome un lapiz y un pedazo de papel de su cartera, escribí luego un billete concebido en estos términos. «Oh pa-
«dres mios! aun vivo, soy ino-
«cente; venid para volverme ver-
«daderamente á la vida, venid à
«sacarme de un espantoso sub-
«terraneo, y hacerme olvidar to-

«dos los males que he padecido."

Este escrito, que me ocupò mas de un cuarto de hora, apénas podia leerse, porque casi no sabia formar una letra, y habia olvidado enteramente la ortografia. Viendo el Conde que estaba irrevocablemente decidida á permanecer en la caberna hasta la llegada de mis padres, me entregò todas las llaves de las puertas, y dejóme con un sentimiento inesprimible, despues de haberme dado palabra de disimular con el Duque si aun vivia, y de volver à verme al anochecer del dia siguiente.

Luego que me vi sola, se apoderó de mi alma un terror casi igual al que esperimenté al principio de mi cautiverio á pesar de que tenia luz, pues el Conde me habia dejado la linterna, y le

habia tambien pedido su reloj, à fin de poder contar todas las horas, porque no confiaba poder dormir un solo instante. Inmovil en el puesto en que me habia dejado, respiraba apénas, sin atreverme à levantar los ojos; y no obstante que no podia menos de echar à hurtadillas algunas miradas al rededor de mí, la luz lejos de asegurarme, aumentaba mi temor, haciéndome distinguir claramente mi triste y fúnebre habitacion. Por fin, no pudiendo permanecer mas en esta postura, me levanté, y tomando la luz abrí la primera puerta y salí à un largo corredor y al parage del subterraneo en que estaba fabricado el torno. Sentí entonces un grande alivio, viéndome en una nueva pieza, cercana á la última puerta

de mi prision: precipité mis pasos hasta el estremo del corredor, y abrí tambien la puerta de su entrada; entonces me hallé al pié de la escalera del subterraneo, y no estando ya encerrada sino por la gruesa puerta que salia al jardin, cerré la del corredor como para separarme de mi horrorosa habitacion, y subiendo luego rapidamente la escalera, me senté en el ùltimo escalon y empecé à respirar.

Parece que un suceso tan feliz como inesperado debia producir en mi alma la mas viva y pura alegria; pero habia padecido demasiado tiempo, habia sido muy desgraciada, paraque mi corazon pudiese entregarse de repente al encanto seductor de las mas dulces esperanzas. Verdad es que

me transportaba la idea de que ecsistian todas las prendas de mi amor; mas al reflecsionar sobre la dicha inesplicable de hallarme en brazos de mis padres, y de estrechar en mi seno á una hija querida, no podia persuadirme que llegase jamás á serme concedida una felicidad semejante. Mil terrores funestos venian de tropel á turbar mi imaginacion, y en este estado de abatimiento y melancolía tomaba por realidad lo que no era mas que ideal y quimérico.

Esta época interesante de mi vida, el dia en que el Conde de Belmire entró en mi subterraneo, fué el 3 de Junio de 17..: dejóme á la media noche, y hasta las cinco de la mañana permanecí en la situacion que he dicho, cuando repentinamente creyendo oir

un ligero ruido, apoyé con atencion la cabeza á la puerta: no obstante su espesor y la enorme piedra que la cubria, percibí con bastante distincion el canto de las aves que celebraban la salida del sol. El júbilo que entonces esperimenté es incapaz de pintarse ni concebirse: desvanecióse en un momento toda mi tristeza, mi corazon volvió à abrirse á la esperanza, y corrian de mis ojos las mas dulces lágrimas, à pesar de hallarme en una estrema confusion de ideas, y de no estar en estado de pensar en el cambio inesperado de mi suerte; porque mi único anelo era entonces el escuchar lo que pasaba en el jardin. Aplicado continuamente mi oido à la trampa y respirando apenas, ningun otro pen-

samiento era capaz de distraerme: oia el ladrido de los perros, pasos de gente por el jardin, y aun algunas palabras confusas, y todas estas novedades diferentes causaban en mi un placer indefinible.

Sin embargo deseaba vivamente que llegase la noche para volver á ver al Conde, à fin de hacerle mil preguntas sobre muchas cosas que deseaba ardientemente saber, y que se presentaban à mi memoria à medida que mis ideas se aclaraban. Una de ellas era cuanto tiempo habia pasado en la caberna: antes de haber visto al Conde, pareciame tenia ya unos cincuenta años; pero la juventud que brillaba en su rostro me probaba claramente que el dolor y los trabajos son muy malos calculadores del tiempo; no

obstante que no podia saber mi edad sino con una diferencia de cuatro á cinco años.

El Conde vino à la media noche en punto. El ecceso de su palidez, su turbacion y enternecimiento, me dieron facilmente à conocer el interés que tomaba su corazon en el cambio de mi suerte; pero respetando mi situacion, que me obligaba à recibirle sola en la mitad de la noche, y teniendo consideracion al fatal nudo que me ligaba todavia, á pesar de estar prójimo á romperse; no me hablò una sola palabra ni de los sentimientos que yo me habia atrevido à manifestarle en tiempos mas felices, ni de los que él mismo me habia siempre conservado. Despues de haberme hecho saber que ya habia escrito à mi

padre remitiéndole mi billete, y que el Duque estaba acabàndose; le supliqué me instruyese de los motivos que habian determinado à aquel á confiarle un secreto tan importante; y el Conde, tomando la palabra, satisfizo mi curiosidad de este modo.

«Habia ya un año que viajaba «cuando recibí la noticia de vuestra «muerte: supe al mismo tiempo «que el Duque estaba inconsola-«ble, cuya circunstancia disminu-«yò en gran parte la antipatia na-«tural con que le miraba. Conti-«nué por otros dos años mis via-«jes, y llamado despues por di-«ferentes asuntos, regresé por fin «à la Italia. Obligado à tratar con «el Duque, me fué preciso venir «á este castillo, porque no salia «de él sino muy rara vez, y es-

«tas solamente para ir à Napoles «por dos ò tres dias. Al llegar aquí «vi vuestro sepulcro, y colocado «un retrato vuestro en casi todos «los cuartos de la casa: asi es, «que no tardò mucho tiempo en «hacerseme grata esta morada, y «aun llegué à amar al monstruo «inhumano cuya víctima erais. Pa«recia penetrado de un dolor tan «vivo, de una melancolìa tan pro«funda, que prefiriendo su com«pañía á todas las demas, venia «todos los años à pasar cinco ò «seis meses en el castillo. De un «año á esta parte atacado el Du«que de una enfermedad mortal, «no acababa de desengañarse so«bre su estado, continuando toda«via sus viajes à Napoles; pero «este último invierno cesó ente«ramente de ir à la corte, y me

«escribió á Roma paraque vinie-
«se à verle. Llegué à ùltimos de
«Enero, y lo encontré en un es-
«tado fatal, sin embargo que no
«hacia cama y se paseaba conti-
«nuamente. En ciertas ocasiones
«parecia que su juicio no estaba
«del todo libre, y que, devorado
«por sus remordimientos, la vida
«no era para él de mucho tiempo
«acà mas que una insoportable
«carga, sin que por esto dejase de
«observar su fin con horror y
«espanto. Por último agotadas de
«dia en dia sus fuerzas, cayó pron-
«tamente en unas convulsiones que
«le obligaron à ponerse en cama:
«à las nueve de la noche del ter-
«cer dia que estaba en ella, vi-
»no uno de sus ayudas de ca-
«mara, para decirme que su amo
«queria hablarme, añadiendo que

«aquella misma noche y la ante-
«rior los habia hecho salir á to-
«dos del cuarto para probar si
«podria levantarse solo; pero que
«no permitiéndole su debilidad ni
«aun el sostenerse en pié, habia
«tocado la campanilla y lo habian
«encontrado fuera del lecho y à
«medio vestir. Fuí allà inmedia-
«tamente: luego que me viò, hi-
«zo salir al médico y toda la ser-
«vidumbre, y anunciàndome que
«iba à confiarme un secreto muy
«importante, me hizo jurar que lo
«guardaria fielmente; y miràndo-
«me en seguida con ojos desen-
«cajados, me hablò de este modo:
«razones de familia me obligan à
«tener encerrada en este castillo à
«una muger criminal y que merecia
«la muerte; à estas horas debe
«faltarle el alimento: id pues à

«llevarselo, llamad al torno que «hallaréis y si no os respondiese, «entrad dentro y socorredla: pero «os advierto que esta muger es«tà privada de su razon; no la «escucheis pues, dadle su alimen«to y volveos inmediatamente; yo «os prometo comunicaros un dia «su historia y su nombre. Hízome «saber entonces el secreto del sub«terraneo, y sacando un manojo «de llaves de debajo de la almohada «me lo alargó, encargàndome eje«cutase su comision. El bàrbaro «creyendo que nunca os habia vis«to, juzgaba que en ningun otro «podia colocar mejor su confian«za, y de este modo puso en mis «manos vuestro destino y el mio."

Cuando acabó su relacion el Conde de Belmire, me conjurò para que yo le hiciese la de mis

desgracias; pero como no me era posible el hacerlo, sin hablar al mismo tiempo de los sentimientos que me habia inspirado, le contesté que le referiria mi historia en presencia de mis padres. Segun su calculo debian estos llegar al castillo à mas tardar dentro de dos dias; de consiguiente menos agitada ya mi alma, y mas tranquila mi razon para entregarse à las reflecsiones, gocé por espacio de veinte y cuatro horas de todo el placer que debia causarme una tan dulce esperanza. Sin embargo aumentabase mi impaciencia à medida que se acercaba el feliz instante de mi libertad, y muy pronto no pudo contenerse volviéndose en un tormento insufrible. Nada ha pasado en mi alma que pueda igualarse

à las violentas agitaciones que esperimenté en la noche que precedió al dia mas hermoso de mi vida. Mis ojos fijos en el reloj consideraban tristemente el pesado curso de sus agujas; à cada instante me parecia oir algun ruido, sobresaltàbame, sentia hervir la sangre en mis venas y palpitar mi corazon con toda su violencia. Creciò aun mas mí inquietud al oir el canto de los pajarillos que anunciaban el nacimiento del dia; de este dia afortunado en que debia volver à nacer, recobrando el título y los derechos sagrados de hija y de madre.

Este dichoso momento capaz de recompensar un siglo de penas, este momento tan ardientemente deseado, se acerca. . . . llega por fin. Oyense voces con-

fusas, gritos repetidos; distínguese poco despues el ruido de los coches, caballos y armas; este tumulto se aumenta rapidamente... se acerca... yo tiemblo... Oh Dios! ¿Qué voz es esta que llega à mis oidos, y penetra sin parar hasta el fondo de mi alma?... ¡Madre mia! ella llama à voces à su hija, mi corazon vuela à su encuentro. . . ¡Gran Dios! tu que me diste valor para soportar nueve años de horrorosas desdichas, ah! no permitas que sucumba à este ecceso de alegria. Yo muero! ¿Serà preciso que espire à los pies de mi madre? Al concluir estas palabras abresé la puerta y me arrojo fuera de la caverna. A pesar de que la brillante luz del dia ofuzca mis deslumbrados ojos, veo y reconozco à mi padre... á mi madre... doy un

grito penetrante y caigo sin conocimiento en sus brazos.

¡Ah! ¿cómo podré espresar el jubilo, los transportes que esperimenté al recobrar mis sentidos? Hallàbame en el seno de la mejor de las madres, sentia mi rostro inundado con sus làgrimas: mi padre de rodillas delante de mì apretaba mis manos entre las suyas: volvia à ver la luz, el sol; en fin, estaba segura de recobrar pronto à mi hija, momento que realizaba todos mis deseos satisfaciendo del todo mi corazon. Me seria imposible dar una idea de lo que pasaba en mi alma en este primer arrebato; sentia demasiado paraque me fuese dable el reflecsionar, ni espresar de otro modo el ecceso de mi alegria que con mis suspiros y mi

llanto. Levantàndome finalmente mi padre en sus brazos, me dijo: «venid querida hija mia, de«jad para siempre esta mansion «horrorosa en la que el crimen ha «oprimido tanto tiempo à la ino«cencia; venid." A estas palabras volvíme para mirar al rededor, y observé con sorpresa que estaba rodeada de un gran número de hombres armados, entre los que reconocí à muchos parientes y antiguos amigos de mi padre. Este me refirió, que, habiéndolos reunido à todos antes de su salida de Roma, los condujo enderechura à Napoles, y que habiéndose echado à los pies del Rey y presentadole mi billete, habia obtenido de su bondad, no solamente el permiso de venir à librarme à la fuerza, si era necesa-

rio , sino tambien tropas para ayudarle. «A mi arribo à esta, añadió; «supe que vuestro infame perse«guidor acababa de morir, y asi, «este dichoso dia os restituye to«do lo que mas amais, os libra «de un tirano ecsecrable, y os ase«gura una completa libertad."

A esta relacion no dí mas respuesta que abrazar à mi padre llorando de gozo. No obstante en medio de toda mi dicha y mudanza, no teniendo ya nada que temer, no pude menos de compadecerme en el fondo de mi alma de la suerte del infeliz Duque. «¡Ah! me decia à mì misma, si «le hubiese amado, no habria «él manchado su vida con tan «atroces furores: ahora viviria y «seria feliz." Esta reflecsion eccitando mi làstima, me infundió

una cierta tristeza que turbó por algunos momentos mi eccesiva alegria. Salimos en fin para ponernos en camino; y al dia siguiente, madre tan feliz como hija afortunada, volví à recobrar á este tierno pedazo de mi misma, á esta niña tan apasionadamente amada: estrechéla en mi seno, sentí correr sus làgrimas, y escuché de su boca el dulce nombre de madre.

Los dos primeros dias de mi llegada à Roma estuve como en un confuso atolondramiento; el bullicio me aturdia, todo me admiraba; no gozando realmente otro placer sino el de contemplar á cada instante à mi hija y hallarme en compañía de mis padres. Pero satisfecho con el tiempo enteramente mi corazon, co-

mencé à conocer el precio de todos los bienes que habia recobrado, y en las cosas mas ordinarias de la vida encontraba unas distracciones tan agradables como nuevas. Todo era teatral à mi vista: la primera noche que me paseé al resplandor de la luna, probè una admiracion grande al contemplar su claridad y los cielos sembrados de estrellas. No podia pasearme por el campo ó por un jardin, sin detenerme à cada paso para ecsaminar por menor todos los objetos que se ofrecian à mi vista la hermosura y variedad de las flores, frutos, árboles, verduras y demas objetos que ofrece la naturaleza; el aparato magestuoso de las nubes, la brillante salida y el ocaso del sol, este espectáculo tan encantador

como sublíme! «¡Oh Dios! es«clamaba, que maravillas ha obra«do tu poder inmenso para nues«tras delicias! ¡Cuantos socorros «nos prodiga tu mano omnipoten«te y benéfica! ¿Y podrà el hombre «ingrato despreciarlos? ¿Y mièn«tras que puede gozar de tan«tos bienes, se creerá desgracia«do?"

De este modo se entregaba con transporte mi alma à la felicidad de que se vió privada en tantos años; aumentàndola todavia mas el estremo placer de encontrarme de nuevo en el palacio en que habia nacido, y en donde pasé el tiempo de mi infancia y los felices dias de mi primera juventud; pero debo no obstante confesar, que no volví à ver sin dolor á la Marquesa de Venuzzi,

aquella amiga mia cuya conducta ligera é imprudente habia causado todas mis desgracias.

El Conde de Belmire no tardó mucho tiempo en venir á Roma, y entonces fué cuando le referí toda mi historia en presencia de mis padres y de algunos parientes y amigos; y apénas la hube concluido, que arrojándose á mis pies, me manifestò con las mas tiernas espresiones el ecceso de su pasion y de su reconocimiento. —«Como eso! esclamó, po«diais, con solo nombrarme, libra«ros de un destino tan terrible!
«¡Ah! Yo soy unicamente el que «os precipité en este abismo, y «mientrais vos gemiais en la obs«curidad de una horrorosa caberna, «gozaba yo de la libertad y de la «luz, de que por mi causa os vis-

«teis privada tantos años! ¿Me
«será pues permitido lisonjearme
«todavia, de que el amor podrà in-
«demnizaros de los males espan-
«tosos que os ha causado? ¿Ese
«corazon tan noble y tierno po-
«drà nunca dejar de ser fiel?"

Al escuchar mi padre estas palabras, abrazó afectuosamente al Conde, como para darme à entender que aprobaba su declaracion; pero por lo que à mi toca, como habia perdido hasta la idea de una pasion que en otro tiempo tuvo tanto poder sobre mi alma, estaba tan lejos de concebir como podia uno entregarse à ella, que hasta me parecia imposible que llegase à ser yo su objeto. Tomé pues la palabra despues de un corto silencio, y dirigiéndola al Conde, le manifesté con tanta sen-

cillez el estado presente de mi corazon, que perdió desde luego todas sus esperanzas: ausentóse por algun tiempo de Roma, pero el mismo sentimiento que le obligaba à huir, no tardò en volverle à esta ciudad, y consolado con la particular amistad con que le distinguia, fijóse en ella para siempre.

Entretanto lejos de desazonarme un momento la duracion de mis placeres, parecia aun que aumentaba cada dia à mis ojos su valor. ¡Cuan agradables eran mis primeras ideas al despertarme! ¡Que delicioso jubilo inundaba mi alma al mirar todo lo que me rodeaba, al contemplar el lecho de mi hija inmediato al mio, al encontrarme otra vez en mi casa paterna! No acababa de comprecnder como ha-

bia podido sostener mi vida privada de la felicidad presente y aun de las cosas de puro adorno y comodidad, que el uso empezaba à hacerme mirar como absolutamente necesarias.

Estas reflecsiones me inspiraron la mas tierna compasion ácia los desgraciados. ¿Cómo podian serme indiferentes sus males, despues de haber dormido nueve años sobre la paja, sufrido tantas veces el hambre, la sed, el frio y todas las demas incomodidades anejas á mi horrible prision? A ellas debí à lo menos este sentimiento que mas nos acerca à la Divinidad, el escuchar con amor los gemidos del infeliz que imploraba mis socorros: su suerte me recordaba la mia, en él veia mi semejante, y el consolarle, era pa-

ra mi corazon uno de sus mas puros deleytes. Pero no era bastante à mi deseo el recibirle, acogerle, enjugar su llanto, cuando se ofrecia á mi vista; buscàbale hasta en el oculto retiro en que le confinaba su dolor y su vergüenza. Ah! ¿Quien lo merece mejor que el desdichado que sufre en el silencio, sin osar pedir à veces el debil socorro que puede salvar su ecsistencia? Esta ardiente ansia para encontrarle y mejorar su suerte, no era en mi una virtud de que pudiese gloriarme; era si una necesidad, un preciso desahogo de mi corazon, y el mas dulce de todos mis placeres.

Sin embargo cuanto mas me acostumbraba á los bienes y comodidades que habia recobrado, otra tanta y mayor impresion ha-

cia à mi alma el triste recuerdo de mi terrible cautiverio; y no tardó mucho tiempo en hacerseme imposible, no solamente el hablar de mis pasadas desgracias, pero ni aun el escuchar tranquilamente las relaciones ó discursos que podian traermelas á la memoria ò retratarme su imagen. Esta debilidad fué seguida de otras muchas: no podia sufrir las tinieblas, ni tampoco hallarme un momento á solas.

Acuérdome que una noche se apagó enteramente la luz de mi cuarto: abrí los ojos al despertar, y viéndome en una obscuridad profunda, se apoderó de mi un tan terrible miedo, que no bastó mi reflecsion à vencerlo ni à moderarlo; di un grito penetrante que despertó à toda la familia;

corrieron luego á mi socorro, y encontràronme pàlida, desfigurada, casi sin conocimiento y agitada de violentas convulsiones.

Estos terrores vanos y debilidades involuntarias, tristes efectos de mis desgracias, no fueron para mi corazon los pesares mas sensibles. Halléme absolutamente imposibilitada de dirigir la educacion de mi hija, siéndome preciso el aprender casi de nuevo à leer, escribir y contar. Sin embargo, por una particularidad bastante notable, mi memoria casi nada habia perdido de todo lo que habia leido en mi juventud; lo que no parecerà muy estraño, si se considera que no habiendo tenido ningun género de distraccion durante mi larga cautividad, mi imaginacion la habia buscado en las cosas pasadas, re-

cordando à menudo y por menor todas las ideas que habia sacado de los libros y conversaciones; de modo que conservaba su memoria tal vez mejor que sino hubiese vivido separada del mundo.

Cuando recobré mi libertad tenia veinte y siete años, llegando entonces mi hija à los diez de su edad. Permanecí otros cinco en Roma, ocupada enteramente en la educacion de mi hija: viviendo en el mayor retiro, casi siempre encerrada en mi habitacion, sin ver regularmente mas que à mis padres y alguna vez al Conde de Belmire. Llegando ya mí hija à los quince años, y hallàndose el partido mas ventajoso del Reyno, me fué pedida por las familias mas distinguidas de Roma; pero tiempo hacia que

mi corazon habia elegido su esposo. Consulté sobre ello à mi hija, y habiéndome declarado que sus sentimientos estaban de acuerdo con los mios, y mereciendo igualmente mis deseos la aprobacion de mis padres, procuré acelerar su ejecucion.

El Conde de Belmire, jóven todavia, de una figura interesante, tan virtuoso como amable, y dueño de una gran fortuna, habia constantemente reusado los establecimientos mas brillantes; y à este amante fiel, á este amigo querido, à mi libertador en fin, es à quien ofrecí mi hija. «Os la «entrego, le dije, ya es vuestra y «os ama; ahora tiene quince años, «en cuya edad os ví yo por la «primera vez, y ella os recuerda «lo que era yo entonces, ya por

«su figura como por sus sentimien-
«tos: la suerte os restituye hoy
«dia lo que os arrebató en otro
«tiempo, y ya que no he nacido
«para hacer vuestra dicha, no pue-
«do consolarme de ello sino vién-
«doos feliz con mi hija."

A estas palabras tomó el Conde una de mis manos que regó con sus làgrimas, é instàndole à que contestase, me dijo. «Ah! «no teneis acaso vos el derecho «de disponer de mi?" La noche misma de esta conversacion se estendieron y firmaron los contratos, y ocho dias despues se casò el Conde con mi hija.

Permanecí otro año mas en Roma, y viendo ya establecida y perfectamente feliz à mi hija, no pensé mas que en retirarme á la soledad, conforme al voto que ha-

bia hecho en el subterraneo. Por otra parte los aires de Roma eran muy perjudiciales à mi salud, y los médicos me habian aconsejado fuese à respirar los de Niza por algun tiempo. Emprendì pues el viage por la Corniche, y habiendo llegado à Albenga, quedé tan encantada de su hermosa situacion, agradable llanura, y de la variedad pintoresca y amena que ofrecia à mi vista que resolví pasar el resto de mis dias en esta deliciosa morada. A este fin mandé construir una casa sencilla y cómoda, y à mi vuelta de Niza me establecí en ella para siempre.

Aqui es en donde de cuatro años à esta parte he recobrado enteramente mi salud, viviendo en la mas dichosa tranquilidad: aqui es

en donde he tenido el valor necesario para escribir esta historia que destino para mis nietas cuando estén en estado de leerla, y sepan aprovecharse de ella con fruto. No obstante mi retiro del mundo, no he podido renunciar la vista de los objetos de mi ternura; asi es que desde que habito en Albenga, he hecho ya dos viages à Roma para visitar à mis padres; y cada año mi hija y mi yerno vienen à pasar tres meses en mi compañìa.

Por fin, soy tan perfectamente feliz como es posible serlo en este mundo, y cada dia bendigo al cielo, no solamente por las comodidades y bienes de que disfruto, sino tambien por los trabajos que he padecido; pues que ellos han expiado mis faltas, pu-

rificado mi corazon, y me han dado à conocer al mismo tiempo todo el precio de la felicidad que à costa de tantas penalidades he recobrado.

FIN.

LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

BARCELONA.

La Escma, Sra. Condesa de Villemur.
D. Mariano Pons y Fuster.
D. Antonio Gassó y Lebret.
D. Juan Garcia Capitan Ayudante de la Real ciudadela de Barcelona.
D. Santiago de Llano.
D. Ramon Taxonera, escribano.
D. Ignacio Miguel.
D. Buenaventura Solá.
El Coronel D. Manuel Breton, Teniente de Rey de la Real ciudadela de Barcelona.
Dr. D. Felipe Falp.
D. Jayme Capella.
D. José Calvet.
D. Miguel Bosch.
D. Luis de Garro.
D. L. R.
D. Jayme Isern.
Da. Rita Niubo.
Da. Diega Magarola.
Da. Isabel Saurí.
Da. Louisa Hall, Condesa de Liverpool.
D. Joaquin Aparicio.
D. Juan Terrés.
D. Jacinto Badia, por dos ejemplares.
D. José Antonio Generes.
D. Agustin Pagés.
D. José Sanmarti y Coma.
D. Salvio Carbó, Cura parroco.

D. Ignacio Ulrich, Comandante del 3.º de Suizos.
D. Pablo Casas.
D. Francisco de Paula Nicolau y Bofarull, Caballero maestrante de la Real de Ronda.
D. Juan Corominas.
Da. Antonia Verdnatnas.
Da. Francisca Berenguer y Saurí, en Montblanch.
Da. Luisita Bux.
Da. María Prats y Cruz.
D. Juan Justo Troette.
D. Juan Corominas.
D. Pablo Montadas.
D. Bernardo Montadas.
D. Juan Casacuberta.
D. Bruno Horta.
D. José Garriga.
D. Pedro Argensó y Font.
D. José Antonio Fucho.
D. Luis Casanovas.
D. Miguel J. Ortega.
D. José Marimon.
D. Juan Vehí.
D. Josè Roca y Pacanins.
D. Carlos Ulman, Gobernador de Villafranca.
D. Roman Caballero.
D. Joaquin Solá.
D. Rafael Delgado.
D. Pascual Felix de Pui, Ministro de esta Real Audiencia.
D. Joaquin Vicente y Planas.
D. Nicolas Brea.
D. Pelegrin Masó, del comercio.
D. Bruno Estrader, tejedor de Velos.
D. José Soler y Lines.

D. José Antonio Delite.
D. Estevan Galter.
D. Juan Rivilla.
D. Miguel Useleti.
D. Pascual Matamala.
D. Antonio Viadera y Surrén, Abogado.
D. J. H.
D. Juan Vilartimó y Agell.
D. Cayetano Araño.
D. Juan Maria Allende, piloto.
D. Joaquin Miralbell.
D. Domingo de Capelastegui, en Sevilla.
D. R. M. B. J.
D. Joaquin Sancho,
D. Antonio Fluviá y Berard, monge Benedictino.
Da. Maria Manuela Lopez, Valencia.
D. Lorenzo Yañez, idem.
D. Isìdro Puig, de Puigcerda.
D. Juan Capdevila de idem.
D. V. S. por 24 ejemplares.
D. I. Mila de la Roca por 6 ejemplares.
D. Antonio Perez.
El Reverendo D. Leon Santamaria presbitero, Gerona.
D. Mariano de Cabrerizo, del comercio de libros de Valencia, por 12 ejemplares.
Da. Juana de Velasco y Montalvo, por 6 ejemplares.

MADRID.

D. Manuel Casal.
D. José del Portillo.
Da. Josefa Montenegro.
D. José Maria Costa.

D. Agustin de Villanueva.
D. Manuel Ramirez de Arellano.
D. Joaquin Garcia Alonso.
D. Jacinto Hernandez, por 6 ejemplares.
D. Julian Muñoz.
D. Gabriel Gonzalez Maldonado.
D. Santiago Ruiz.
D. Nicolas Gallardo.
D. Antonio Modesto Lopez.
D. Antonio Alvarez Losada.
D. Pedro Fermoselle.
Da. Maria de las Mercedes.
D. José Maria Meguren.
D. Crisanto Lopez.

ZARAGOZA.

La Sra. Condesa de Faura.
D. Ramon Ruiz y Goya.
Da. Maria Joaquina Lapeña de la Justicia.
M. Felix Castellar Canonigo Vicario de Monzon.
El M. I. Sr. Marques de Artasona.
Da. Maria Fortacin y Chavarria, Barbastro.
D. Nabora Lafita, idem.
D. Manuel Gil y Franco, Cura de Paul.
D. Felipe Lafita, del comercio de libros de Barbastro, por 4 ejemplares.

REUS.

D. Juan Gaspar del comercio.
D. Francisco Sanchez del comercio de libros por seis ejemplares.
D. Alejandro Garcia, maestro Real de primera educacion de esta villa.
D. Juan Soler del comercio.

D. José Abad del Comercio.
D. Miguel Gran.
D. Antonio Ferrer del comercio,
D. José Maria Gras, escribano.
D. Diego Angelon, del comercio de libros por 3 ejemplares.

MALLORCA: PALMA.

D. Domingo Coll.
D. Antonio Villaverde.
D. F. A.
D. José Nadal.
D. Guillermo Ignacio Cifre de Colonia.
D. Felipe Guasp, por 4 ejemplares.

Nota. El motivo de no haberse recibido de los otros puntos las listas de los señores suscritores, y por no retardar la entrega, es causa de que no vaya continuada.

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm